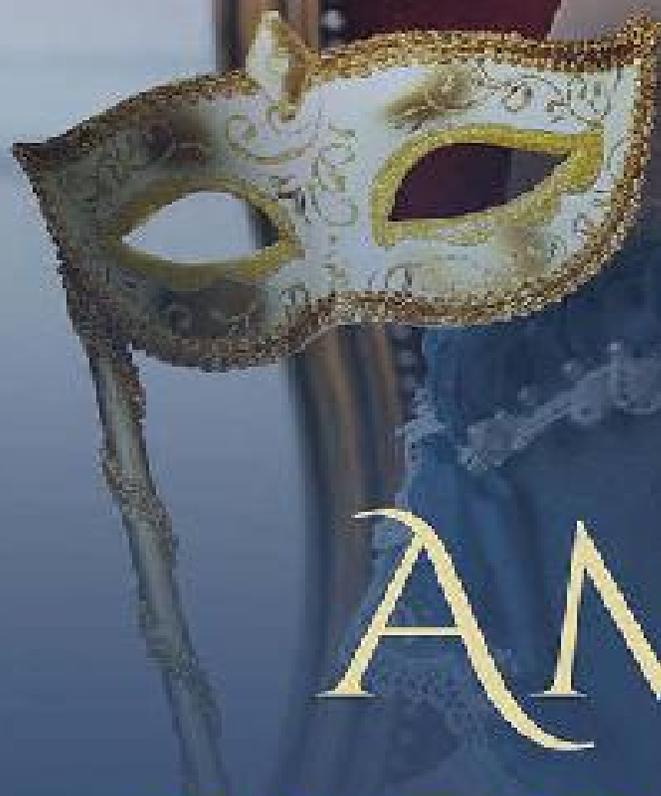


Selecta



AMOR enmascarado

RUTH M. LERGA

Amor enmascarado

Ruth M. Lerga

Selecta

Para todas las valientes que han sufrido un desengaño amoroso y siguen creyendo en el amor

Prólogo

Londres, finales de abril de 1800

Conforme la conversación avanzaba, la desesperación de Sebastian iba en aumento. Se había reunido con su abogado para tratar el espinoso tema de lady Genoveva Sinclair, la joven dama a la que tutelaba.

Pocos caballeros tenían, contando solo veintidós años, una pupila de dieciocho a su cargo. Tampoco era frecuente, después de todo, heredar un condado próspero tan temprano, pero la muerte de sus padres, tres años antes, lo había precipitado a la vida adulta sin estar preparado, forzándolo a dejar la universidad aun sin completar sus materias y encerrarse en Lancashire para aprender a ser un noble con un amplio patrimonio y responsabilidades políticas y familiares.

—Es una situación complicada, Hentley —le decía el licenciado—. Los Sinclair eligieron al anterior conde como padrino de lady Genoveva y el marqués explicitó en su testamento, además, que, en caso de que algo les ocurriese, fuera él quien se hiciera cargo de la joven hasta que esta contrajese matrimonio. Al morir los cuatro juntos en aquel terrible incidente en... —dudó.

—Sierra Morena, Córdoba —acabó Sebastian por él, con voz hueca—. La marquesa era española e iban a pasar el invierno en la finca de su familia, buscando un clima más cálido dado el reuma que mi madre padecía. Los atracaron en uno de los desfiladeros.

—Exacto. La cuestión es que todos ellos perecieron a la vez. El heredero de Sinclair quedó, desde luego, encantado: heredaba un marquesado de un pariente lejano al que apenas conocía y se deshacía, al mismo tiempo, de la responsabilidad de la chiquilla. —En realidad no era una chiquilla, tenía quince años entonces, pero el conde se abstuvo de hacérselo notar—. Así que no impugnó la tutoría y te la cedió a ti, como legado de tu padre. Dado que tú no opusiste resistencia alguna, se entendió que aceptabas y así quedó acordado. La dote ya estaba consignada, se te cedió y...

Se permitió dejar de escuchar durante unos segundos. La noticia de la muerte de sus padres lo devastó; todavía recordaba la sensación de desgracia que se cernió sobre él durante meses y que tuvo que ocultar a todos. Se encontró solo, al frente de muchísimos compromisos para los que apenas lo habían instruido y con varias mujeres a su cargo, dos de ellas bajo su mismo techo: su

hermana Helena, que tenía entonces diez años, y Veva. Recordaba el momento en que la joven llegó a la finca. La esperaba, junto con todo el servicio, en la entrada principal; deseaba que sintiera que llegaba al que iba a ser su hogar, no quería que se creyera una carga. La conocía desde siempre y, aunque en los últimos años apenas la había visto, recordaba bien a aquella joven alegre de cabellos negros y ojos grises de carácter alegre y bullicioso que lo perseguía a todas partes cada verano. Sin embargo, del carruaje bajó una dama triste, apagada, tan delgada que parecía enferma. Veva no tenía una gran relación con su padre, Sinclair era un hombre estricto, pero sí con su madre, una dama cariñosa y muy atenta. Si para Sebastian la muerte de sus padres había significado un antes y un después en su existencia, la sensación que se llevó fue que, para Veva, la vida había acabado entonces.

Costó un año que se recuperara y volviera a ser ella, ¡y vaya si regresó! La casa se llenó de júbilo, las cuadras de una magnífica yeguada y en el condado todos hablaban de la traviesa española.

Durante dos años fue viéndola hacerse mujer y sus sentimientos comenzaron a cambiar, así que diez meses antes de debutar la había enviado a un internado en Suiza para que la pulieran, alejándola de sí, y se había dedicado a alternar él de cama en cama, tratando de olvidar la risa de Veva.

Pero había vuelto de Ginebra transformada. Su cuerpo había acabado de formarse, y sus modales, de perfilarse. Todos los hombres iban a quedar cautivados, tanto como él lo estaba ya.

Genoveva Sinclair se había convertido de manera definitiva en su infierno personal.

—¿Milord?

Levantó la vista. El letrado le estaba inquiriendo algo.

—¿Qué? —la pregunta sonó a disculpa.

—Le decía que he hecho efectivas las inversiones que componen la dote de lady Genoveva, una cifra que supera las diez mil libras, y he mandado preparar la casa que su madre le cedió en Córdoba, por si desea acudir allí en su viaje de novios.

«Viaje de novios». Veva iba a casarse y tendría que dejarla marchar. Sintió que las paredes se cernían sobre él y que el techo se le caía encima.

—¿Hay alguna estipulación sobre el tipo de esposo que su padre tenía en mente?

—Ninguna.

—Me dan ganas de casarme yo con ella y evitar toda esta situación.

Podía parecer una queja, pero era una frase calculada, una que había preparado durante días, desde que pidiera cita en la oficina de sus abogados.

—¡Eso no es posible, milord! —se soliviantó el jurista.

Lo miró con fingida extrañeza.

—Creí que no había ninguna limitación en su matrimonio.

—Y no la hay, la joven podrá casarse con quien quiera siempre que vos deis vuestra bendición. Por eso mismo no podéis ser el novio, porque os erigieron para protegerla y, por tanto, quien

tendrá la última palabra sobre sus nupcias. Se diría que os estáis apropiando de su dote. A efectos legales sería casi como casaros con vuestra hija, además.

Magnífico, no solo era un excéntrico por desearla, sino que se convertiría en un ladrón de fortunas ajenas y en una especie de perturbado.

—Solo bromeaba —zanjó el tema.

—No me cabe duda, como sé también que elegiréis para ella al mejor de los candidatos.

—Así será.

Y cuanto antes lo hiciera y más lejos la enviase, mejor.

Aquella noche Veva era incapaz de dormir, así que, cansada de dar vueltas en la cama, subió hasta la buhardilla, abrió la claraboya del techo y, ayudada por las estanterías, trepó hasta el tragaluz y de allí salió al tejado. Le encantaban las alturas, la hacían sentirse dueña de lo que veía, por encima de todo. Había pasado mucho tiempo en las ramas de un tejo centenario en Lancaster, en la finca de los Hentley, tras la muerte de sus padres, hasta que sintió que recuperaba el control de su vida.

Esa noche habían vuelto a robárselo. Sebastian la había llamado a su despacho para explicarle los términos de su debut y de su dote y para hablar de sus expectativas. Era una boba, una boba que se merecía tener el corazón hecho añicos por enamorarse de un idiota como él.

Cuando había comenzado a hablarle de la necesidad de casarse, creyó que se refería a él más que a ella y que se arrodillaría allí mismo y le pediría que fuera su esposa. Tanto, que se había sentido mareada y su corazón casi le rompe una costilla, tan fuerte y rápido había comenzado a latir. Pero no; era ella, claro, quien había de desposarse. Le había hecho una lista de los lores más convenientes y, con voz hastiada, le había aconsejado cómo manejarse con ellos.

Una lágrima cayó por su mejilla. Por una vez, la dejó rodar. Detestaba llorar, pero esa noche volvería a quedarse sola. Tal vez no de facto, pero era cuestión de semanas que fuera entregada a un desconocido para el resto de su vida.

Cuando murieron sus padres, al menos, se mudó a un lugar conocido, con personas que la consideraban parte de la familia y que la hicieron sentirse bienvenida. Ahora, en cambio, quién sabía dónde recalaría.

Pero solo podía responsabilizarse a sí misma de su dolor. Sebastian nunca dio señales de compartir sus sentimientos. Sí, la trataba con afecto, pero no más que a Helena, la hermana pequeña del conde, de la que Veva se había vuelto íntima a pesar de la diferencia de edad. Si ella había querido ver más de lo que había, ahora tendría que pagar las consecuencias.

Cuando, horas después, bajó del tejado, dejó allí arriba sus sueños de niña y decidió ser práctica. Su madre había sido casada con un inglés de carácter serio y estricto y, a su manera, había sido feliz. Ella buscaría la misma suerte y, como hiciera la marquesa de Sinclair, lo haría lo

más lejos de allí que le fuera posible.

Dos meses después se casaba en la iglesia de San Jorge con el duque de Rachôme, *monsieur* François, y se iba a París para siempre.

Capítulo 1

Lancaster, enero de 1805

Sebastian había madrugado más de lo habitual aquella mañana, deseoso de desaparecer hasta que cayera el sol, llegar agotado a la casa y tener un pretexto para retirarse temprano, fuera o no educado, que, desde luego, no lo era. A la hora de comer se esperaba la llegada de la duquesa viuda de Rachôme y prefería dispararse en un pie antes que recibir a la princesa de hielo en que su dulce Veva se había convertido. Lady Genevieve, como era conocida en los salones desde que regresase a Londres cuando la turba, en forma de guillotina, se llevó a su esposo y la libró a ella por una mera cuestión de azar —nunca agradecería al Señor lo suficiente aquel pequeño milagro—, era considerada la mejor anfitriona del país. Desde el destierro de la princesa Carolina y dada la falta de interés de la reina Carlota en los acontecimientos sociales —era la soberana una mujer instruida que dedicaba su tiempo a su esposo enfermo y a causas benéficas y culturales—, Londres había quedado huérfana de un paragon de dama y Veva había adoptado ese lugar, coronándose como ejemplo de *savoir faire*.

Afrancesada, distante, inflexible y estricta, había coincidido en un par de ocasiones con ella en la temporada de 1803 y había sido decepcionante.

Nada restaba ya de su espontaneidad o alegría. En solo dos años volvía a ser la mujer derrotada que fue una vez de niña, solo que si a los quince años estaba desamparada y perdida, entonces regresó con una impenetrable armadura de displicencia.

Bailó una sola vez con ella aquella temporada, dos años atrás, y ni siquiera llegó a terminar la pieza. Era la misma mujer, más hermosa tal vez que cuando la dejó marchar, si es que era posible, y el brillo de sus ojos, no obstante, había desaparecido; se había ido a algún lugar para no retornar, acompañado, como comprobaría poco después, de la sonrisa torcida de sus carnosos labios y del gesto desafiante de su barbilla. Era una mujer bella, elegante, mesurada... pero también fría, retirada. No había rastro de la Veva a la que amó una vez, la única mujer que había despertado tales sentimientos en él.

Así se lo dijo, confesándole no su amor, que habría sido una impertinencia, pero sí que añoraba a la jovencita impetuosa que una vez fue.

La duquesa se hubiera reído de él mientras se lo explicaba si hubiera sido capaz de hallar la burla en una situación absurda, como hacía antaño con naturalidad.

—Es lo que ocurre, milord —le explicó mientras se mecían al son de la melodía—, cuando casáis a una niña impetuosa que no sabe nada de la vida con un hombre dieciséis años mayor que ella y la envías a un país completamente distinto, donde ni siquiera hablan su mismo idioma. La melancolía le consume el alma.

El conde de Hentley, para pasmo de los presentes y de la propia Genoveva, se detuvo en cuanto escuchó sus palabras. No había habido resentimiento en ellas, y era precisamente la oquedad que ocultaban lo que provocó que su corazón le cayera del pecho para yacer en el suelo, yermo. No había recriminación porque ella se había resignado, se había conformado. Lady Genevieve, su rebelde Veva, se había rendido. Aquel matrimonio, del que él era en gran parte responsable, había destruido a la incomparable mujer que ella había sido.

La casó con el mejor partido de la temporada, teniendo el consentimiento de ella aun sabiendo que no era feliz ni estaba convencida, y la entregó a otro hombre para dedicar el resto de su vida a olvidarla.

Y ahora iba a instalarse en su casa. Sí, insistió, una bala en el pie le resultaba más apetecible en aquel momento. El dolor, al menos, sería rápido aun intolerable; los siguientes meses serían, en cambio, una lenta y dolorosa agonía.

No la quería allí, no quería vivir de cerca su resentimiento, del rencor que le guardaba, ni quería saber, tampoco, hasta qué punto había sido desgraciada con el duque.

Pero su hermana Helena debutaba ese año y había pedido a Sebastian que fuera ella su guía, a falta de una familiar cercana con posición social y a quien le abrieran las puertas de todas las mansiones de Londres, las del palacio real incluidas. Sin consultárselo, había escrito a Veva para pedirle que fuera su madrina durante su debut, antes de preguntarle a él si era adecuado. Suponía que la duquesa viuda no había podido negarse, no sin dar unas explicaciones que la joven no necesitaba saber. Del mismo modo, también él tuvo que doblegarse a la petición de su hermana una vez la duquesa había aceptado, sin poder hablarle del extraño pasado que lo había unido a la dama y que, ahora, los separaba.

En todo caso su huida —un caballero huyendo de su casa, ¡inaudito!— había sido en balde. Eran las cuatro y madame Rachôme todavía no había llegado. Helena se paseaba impaciente por el *hall* mientras él permanecía, atento, en la galería de la primera planta, oculto entre las sombras. Se suponía que leía en su dormitorio, pero la realidad era que la puerta estaba abierta y él se hallaba más tiempo en el corredor que en la alcoba, atento a cualquier movimiento que le indicase que el carruaje ducal arribaba a la casa. Llevaba, además, chaqueta y un intrincado nudo en el pañuelo, aparcada su costumbre de, cuando estaba en casa, vestir en mangas de camisa y chaleco, sin nada que cubriese su cuello, siquiera.

Se temía que tendría que respetar más normas de las que hubiera deseado si quería que madame Rachôme permaneciese con ellos hasta la caza del urogallo, al final de la temporada.

Pasaban de las cuatro y media cuando su coche enfiló el camino de entrada de la finca de los Hentley. Una de las ruedas del carruaje se había roto cerca de Preston esa mañana y habían tardado varias horas en poder continuar su viaje.

Para Veva la dilación fue bienvenida pues, a pesar del enorme cariño que sentía por Helena, con quien había estado carteándose durante cinco años una vez al mes, como mínimo, regresaba a un lugar lleno de recuerdos extremos, unos aciagos y otros maravillosos. A los quince años había llegado huérfana y llena de dolor a la mansión del nuevo conde; allí había curado su tristeza y había conocido el amor para que, tras su debut y para su desesperación, la arrancaran de Lancashire para siempre.

Reconoció la amplia fachada frontal de estilo tudor, franqueada por cuatro torres, una señalando a cada punto cardinal. La planta de la casa tenía forma de H en honor al rey Enrique VIII y, a pesar de los siglos —casi tres— y las reformas sufridas, seguía manteniendo esa misma estructura en solo dos alturas.

Contaba con dieciocho chimeneas que en ese momento, humeantes, debían de estar a pleno rendimiento para dar calor a una vivienda tan grande. Era una tarde muy fría y el sol no tardaría en esconderse.

El vetusto tejo, entre cuyas ramas se había ocultado cientos de veces, coronaba la entrada. Allí la esperaba el mayordomo, estoico en su saludo cuando le abrió la portezuela, como si no la conociera desde antes de su puesta de largo. Le hizo una reverencia con la cabeza y le franqueó el paso hacia la casa. El ama de llaves se presentó también.

¿Dónde diablos estaría Sebastian?, se preguntó. ¿Acaso no pensaba darle una bienvenida civilizada, recibéndola en la puerta de su hogar, como se esperaba de un caballero, e introduciéndola él al servicio?

Entró al enorme recibidor de doble techo y vio a una hermosa joven levantarse de uno de los peldaños de la enorme escalera imperial de piedra vestida con una alfombra dorada, dejar esta caer de cualquier manera el libro que había estado leyendo hasta ese momento y correr hacia ella.

—¡Genoveva, Genoveva! ¡Al fin has llegado! He estado esperándote desde que el reloj diera las doce y en breve sonará el gong de la cena.

El tono lastimero de Helena encerraba una ilusión creciente al recibir a la mujer con la que había pasado los últimos ocho veranos de su vida —la visitó en Francia y también en su casa de Londres desde el fin de la temporada hasta la apertura del Parlamento— y a la que conocía desde que naciera.

El conde de Hentley se asomó apenas por la balaustrada de la primera planta, lo suficiente para mirar sin ser visto, y observar a su hermana pequeña abrazar y besar con cariño la mejilla de la recién llegada. Vio cómo esta le permitía el gesto, pero que no lo correspondió. Se mantuvo sobria, en cambio, y esperó a que finalizaran las muestras de afecto para reprender a la muchacha

ante la evidente impaciencia.

—Debutas este año, Helena, y se espera de ti sofisticación, no prisas y mimos.

Una única mirada de la duquesa bastó no solo para que la otra dama recuperara la compostura, sino también para que su doncella personal se plegara a la autoridad del ama de llaves y para que esta que se hiciera cargo de la criada y del equipaje, que fue llevado a las habitaciones de la condesa, contigua a la de Sebastian. Solucionada la cuestión de su aposento para las próximas semanas, hasta que hubieran de trasladarse a Londres, tomó a la joven del brazo y la condujo por la casa que tan bien conocía hacia una de las salitas, con el enhiesto porte digno de la mismísima realeza, donde continuaría aleccionándola sobre las formas adecuadas.

A pesar de su calmada pose estaba nerviosa y echó una mirada rápida hacia la galería de la primera planta. Fue entonces cuando se vieron. Sebastian dio un paso atrás, no querido que sus ojos se cruzasen. ¿Lo habría reconocido como el dueño de la mansión, acaso?

La respuesta era afirmativa, más que verlo lo había intuido, y la decepción de Veva se había mezclado con el alivio de posponer un poco más el inevitable encuentro.

Capítulo 2

—Jerez, gracias.

Genoveva lo observó servir el líquido amarillento en una delicada copa y un generoso brandy en otra. Tras la cena, la había invitado a mantener una charla en la biblioteca para planificar, entendía, los dos siguientes meses, antes de que se iniciara la temporada, y el momento óptimo para trasladarse a la capital. Tomó la copa que le tendía sin mirarlo apenas, ignorándolo, como había estado haciendo durante toda la cena, en la que había preferido hablar con Helena sobre los conocimientos y aptitudes que de una dama se esperaban en vez de preguntar a su hermano sobre lo que fuera.

—¿Te importa si me pongo cómodo, Veva?

¿Le importaba?, se dijo ella. No, suponía que no. Se conocían desde siempre. Se encogió de hombros con estudiada indiferencia. Iba a vivir en la mansión de los Hentley, pero, se recordó, aquella no era su casa para dictar ninguna norma sobre etiqueta. La biblioteca era, además, el dominio privado de Sebastian. Que hiciera, pues, lo que le viniese en gana.

Y eso hizo precisamente él. Se quitó la chaqueta, que colocó con esmero en el respaldo de una silla, y se deshizo el lazo, dejándolo en cambio con descuido en una mesilla auxiliar. Si no desabotonó el chaleco ni subió las mangas de su camisa, como acostumbraba, fue por respeto. Aunque, a fin de cuentas, el cuello de la prenda de fino algodón, diligentemente almidonado por su valet, no mostraba más piel que segundos antes, cuando el pañuelo se hallaba allí, del mismo modo que las mangas blancas cubrían sus brazos tanto como lo hiciera antes su chaqueta. Y, se justificó sin necesidad, después de todo Veva era una mujer viuda y él estaba en su casa. ¡Qué demonios!, no rompía ninguna norma moral insalvable y, si lo hacía, que fuera madame Rachôme, parangón del decoro y la decencia, quien se lo dijera.

Sebastian tenía razón en todos y cada uno de sus argumentos, analizaba en aquel instante Genoveva para sí, aun sin conocer las razones de su anfitrión. El cuello rígido, alzado, cubría su nuca, la camisa blanca sus brazos, y ella no era una mujer inocente. Aun así, había algo escandaloso en aquella situación. No obstante, sabía que la falta no se hallaba en la actitud del conde, sino en la suya propia. Al quitarse la chaqueta Genoveva había apreciado mucho mejor la

potente musculatura de los brazos y la espalda de Sebastian en sus movimientos; al retirarse el pañuelo, que sus dedos largos y flexibles desanudaron con facilidad, había dado mayor acceso a su cuello, que su boca deseaba explorar con gula tanto como deseaba que sus manos la explorasen a ella; como vaticinara el conde, era una mujer de mundo y, como tal, sentía el deseo cuando estaba a solas con un caballero atractivo. Le pesara o no, su antiguo tutor, más que atractivo, para Genoveva era el pecado personificado.

—¿Podemos hablar sin rodeos? —prosiguió él, sentado de nuevo, ajeno a sus meditaciones.

Algo en su tono la puso alerta. Supo por instinto que no le iba a gustar lo que Sebastian tenía que decir, pero nunca se permitía alterarse. Asintió, de nuevo sin pronunciar palabra, tomando la copa de jerez y llevándosela a los labios para que, ocupada su boca con ella y cubriéndole el cristal parte del rostro, ningún sentimiento se reflejara en su semblante ni se precipitara en ninguna respuesta.

—Sé que desde que regresaste de Francia, durante el tiempo que pasas en la campiña... sé que has tenido compañía... —lo vio titubear— compañía masculina... amantes. ¡No te lo reprocho! —No quería mirarla a la cara, pero sí se lo reprochaba, desde luego que lo hacía. Que otro hombre la tocara le hacía sentirse enfermo—. Todo lo contrario, te felicito por la discreción con la que te has conducido. No obstante, te agradecería que durante estos meses te abstuvieras de ese tipo de relaciones. De saberse, no sería bueno para Helena.

Tardó unos segundos en asimilar sus palabras y otros tantos en decidir qué hacer a continuación. Durante ese tiempo, mantuvo la copa de jerez cerca de la boca. Solo cuando se sintió segura de sí misma, a pesar del remolino de emociones que subyacían bajo la aparentemente calma superficial, la dejó en la mesa, para tomar una servilleta con la que se limpió con delicadeza las comisuras de la boca y que plegó antes de colocar nuevamente en su sitio, para exasperación del conde.

Sí, era cierto que había mantenido relaciones discretas con un par de caballeros durante los cinco años de viudedad, aunque no esperaba que nadie hubiera sabido de sus devaneos ni, desde luego, que salieran estos a colación en una sobremesa. Recordó con fastidio que el servicio de ambas casas era tan íntimo como lo eran las familias y que la planta de arriba hablaba tanto como la de abajo.

Alzó sus ojos grises y lo miró fijamente, sosteniéndole la mirada con frialdad, sin decir nada. Los de Sebastian quedaron anclados en sus pupilas durante unos segundos antes de bajar la vista, consciente, esperó Genoveva, de que había superado los límites de su amistad.

Pero si había apartado su mirada había sido, en realidad, por la displicencia de ella. No soportaba su falta de calor; donde siempre hubo sentimiento, ya fuera afecto o desafío, ahora parecía no haber nada, y aquel vacío se había llevado un pedazo de él, también.

Sin embargo, algo ocurrió durante aquellos segundos, algo que cambiaría el devenir de Genoveva y, como consecuencia, también el del conde, unido al de ella de manera intrínseca. La realidad de sus palabras, la certeza que había en ellas, encendieron una pequeña chispa, un destello sobre una parte de su alma que hacía tiempo que creía extinguida. Supo que era Sebastian

quien la prendía, mas no quiso deliberar si era el amor que sintió una vez por él y que le fue arrebatado una noche, con el anuncio de su compromiso, o por el odio que sintió los tres años siguientes, durante un matrimonio infeliz del que siempre lo culpó, lo que la había hecho arder. Aun así, parte de la Genoveva que creía arrasada regresó aquella noche y en aquella biblioteca. La antigua rebeldía, que su esposo le había robado, resurgió por un instante.

—También yo he oído hablar de tu compañía femenina, Sebastian, aunque me temo que, contrariamente a ti, yo no podré felicitarte por tu discreción. Ni por tu buen gusto, en algunas de tus elecciones, tampoco. —Le satisfizo verlo perturbado por su respuesta y no quiso, sin embargo, profundizar en su azoramiento, pues era otro su propósito—. En todo caso, entiendo por la petición que me haces que también tú vivirás en castidad durante los próximos meses. *Tampoco* sería bueno para tu hermana que hablaran de ti en cualesquiera términos que no sean los que encierran los más altos estándares.

Afortunadamente, las copas de balón eran de cristal macizo ya que, de otro modo, la de Sebastian se hubiera hecho añicos. No porque lo dejara caer con fuerza en la mesa fruto del enfado, no. Le cayó de las manos como consecuencia de la sorpresa.

Veva se felicitó; podía seguir siendo insufrible cuando se lo proponía.

—Debes de estar bromeando.

—Curiosamente, yo he pensado lo mismo al principio, cuando tú me lo has pedido a mí. Pero lo cierto es que tienes razón: no sería conveniente para Helena que su hermano, o su acompañante, fueran foco de interés por temas indiscretos. Me temo que estás en lo cierto y que deberemos sufrir por unos meses la ausencia de la carne.

—Veva —le habló como si fuera dura de mollera—, yo soy un hombre.

Aquellas palabras, tan obvias para ella como molestas, la inflamaron en más de un sentido y la tornaron provocadora. A fin de cuentas, aquel era Sebastian, un caballero que sabía que había tenido amantes, un hombre que la había conocido antes de tornarse en la dama más moderada de la sociedad inglesa, aquel que la había convertido en lo que hoy era al entregarla con apenas dieciocho años. Con él no necesitaba mesurarse, si quería enfadarse, podía hacerlo. Y, ¡maldito fuera!, deseaba enfadarse con él, y tanto que quería hacerlo.

—Y yo una mujer, Sebastian, por si no te has percatado —su respuesta no delató su estado de ánimo. Parecía, en verdad, burlarse de él—. Con los mismo deseos y sanos apetitos que cualquier otro ser humano. Y que no disfrutará de la soledad, de la ausencia de compañía, durante seis meses.

Y tras su contestación, llena de resentimiento, algo inesperado ocurrió. Miraba fijamente al conde, midiendo su enfado, el efecto de sus palabras, contabilizando su victoria, y pudo así ver cómo sus pupilas se dilataban y el gris de sus ojos se oscurecía, cómo tragaba saliva, cómo su respiración se aceleraba y las aberturas de su nariz se ensanchaban para tomar más aire. Vio, en fin, cómo se excitaba ante el cuadro que ella acababa de pintarle.

Y se sintió poderosa. Presionó únicamente por el placer de verle agitado, sin saber hasta qué

punto estaba él inflamado de deseo.

—Añoraré tanto como tú los besos profundos de un hombre mientras su barba, crecida tras el día, me araña suavemente la mejilla. Evocaré el contacto de su piel, más áspera, sobre la mía, desnuda. —Su voz se iba agravando, sin querer. El deseo era un juego de doble filo, como estaba descubriendo—. Extrañaré las caricias, suaves al principio, más exigentes después.

No se atrevió a continuar, temerosa de rebajarse a la vulgaridad, a incitarle en exceso o a su propia reacción. Tomó su copa de jerez, casi vacía, y la agotó en su boca, en un gesto que no pretendía ser tentador, pero que, para Sebastian, fue la última provocación soportable. Estaba excitado, sí, pero también enfadado. Sabía que Veva estaba jugando con él, concedora de su deseo, y detestaba que se divirtiera a costa de lo que consideraba su mayor debilidad.

—Si tanta necesidad sientes, siempre podría yo apagar esos ardores durante los próximos meses. Cualquier sacrificio sería insuficiente si, con él, el nombre de mi hermana no se ve arrastrado por el fango esta temporada.

Genoveva se levantó de un brinco, como si la hubieran abofeteado. Se dirigió hacia la puerta, iracunda con su propuesta y abochornada por merecerla. Pero apenas había tomado el pomo cuando una sombra se cernió sobre ella y sintió la portentosa figura masculina a su espalda. No osó volverse y, aun así, respondió furiosa.

—Dudo mucho que lograras darme lo que necesito, Sebastian. Te recuerdo que me casé con un francés que, a diferencia de los ingleses, tienen sangre en las venas y no agua.

No pudo decir más. Fuera de sí, insultado más allá de lo que creía posible, la giró, la aplastó contra la puerta, se pegó a ella y arrasó su boca sin clemencia.

Toda la furia de Genoveva se transformó en deseo y se aferró a su cuello, abrió los labios y se entregó al beso, pegando sus pechos al duro torso, gimiendo con suavidad cuando los dientes se unieron a la lengua en el festín.

La puerta se abrió y se vio impulsada hacia el cuerpo del conde mientras este, desorientado, caía con estrépito, rodeándola con sus brazos.

—Disculpe, milord. Me dijo que le avisara cuando... cuando...

La zozobra del mayordomo al percatarse de la situación interrumpida solo era comparable a la de ambos nobles.

Genoveva se levantó del suelo, recuperada toda compostura y apagada cualquier pasión. Hizo una reverencia, como si se hallara en el palacio de Saint James y el mayordomo fuera el mismísimo rey Jorge, y salió de la estancia con un dignísimo «buenas noches».

Capítulo 3

—*Non, non*, así no —se quejó una vez más Veva, al ver que Helena volvía a ejecutar el giro con poca elegancia—. Debes sentirte un cisne, *ne pas comme un canard. S'il vous plait!*^[1]

La joven y su profesor de baile se detuvieron, asegurándose de esconder su agotamiento. Llevaban más de una hora intentando ejecutar un minué, pero eran interrumpidos cada dos o tres compases. Para Helena era un misterio cómo podía su mentora tocar el piano y, a la vez, estar atenta a cada uno de sus pasos. A sus pasos y a sus manos, su cuello, su espalda e, incluso, su sonrisa. Había estado convencida de saber bailar como los cisnes. Al parecer sus movimientos eran, como le acaba de decir la duquesa, más parecidos a los de un pato. Empezaba a sentirse insegura, temerosa de hacer el ridículo en Londres.

—Tal vez podría iniciar la temporada con un esguince de tobillo y evitar las soirées las primeras cuatro semanas, hasta que tengamos la certeza de que podré bailar correctamente.

—Quizá deberías concentrarte un poco más en tu postura y menos en deleitarte en el baile.

—Creí que la danza era para disfrutarla —se quejó, haciendo un mohín.

Veva se apartó del piano y se acercó a la pareja. Se dirigió a ella con gravedad.

—Solo cuando estés segura de que la dominas y únicamente cuando tu acompañante sea un experto. En caso contrario, céntrate al máximo en lo que haces.

—Pensaba que un caballero nunca solicitaba un baile a una dama si no conocía bien los pasos, para evitar que esta se sintiera incómoda... —Esta vez la joven no pretendía tener razón; era una pregunta tan genuina como cándida.

—En tu primera noche descubrirás que los caballeros ingleses creen que deslizarse por la pista *comme les canards* es perfectamente aceptable y tendrás que ser tú la que ponga la gracia a cada movimiento mientras esquivas los enormes pies traicioneros de tu pareja.

Se decepcionó. Como muchas debutantes, fantaseaba con bailar con los herederos más guapos y jóvenes; y con enamorar a los peores libertinos, también.

Genoveva leyó aquellas inocentes ideas en su rostro y no pudo evitar cierta compasión, hacia Helena y hacia sí misma. También ella había soñado con quimeras.

—En París, los caballeros ¿saben bailar? —La devolvió a la realidad su pupila durante la

temporada.

Aquel tema la puso de buen humor.

—En Versalles las soirées están hechos para el gozo. —Sonrió con nostalgia, quizá era lo que más había disfrutado de su vida en la capital francesa—. Los franceses son muy vanidosos y bailan, en muchas ocasiones, mejor que las damas. Es un auténtico placer moverte al compás del vals a lo largo y ancho de un salón, rodeada de unos brazos expertos.

—¿Tienes que enseñarme a bailar el vals! —le pidió, entusiasmada—. *Monsieur Le Blanch*, ¿sabéis bailar el vals?

El profesor de baile asintió, complacido con la descripción de la duquesa.

—Pero me temo que es imposible tocar el piano y bailar al mismo tiempo, *mademoiselle* Helena.

—Quizá podría aprender yo algunos acordes y contemplarlos...

—Mejor todavía —dijo una voz desde la puerta, dejándose de ver en todo su esplendor conforme entraba en la sala de música—: tu profesor podría tocar el piano y yo bailaré con *madame* Rachôme.

La propuesta de Sebastian fue seguida de un incómodo silencio.

Llevaba más de quince minutos observando la clase a través del quicio de la puerta. Veva era muy exigente en sus lecciones, sin embargo recordaba haber bailado con ella a su vuelta de Francia, ya viuda, aquella pieza que nunca acabaron, y haberla sentido etérea en sus brazos, como si se hubiera convertido en una corchea que se moviera en el aire, al compás de las cuerdas de los instrumentos. Aquella noche se convenció de que se movía así porque estaba hecha a la medida de su cuerpo, no pensó que pudiera haber aprendido la danza hasta volverse una experta entre los brazos de un maldito francés. Las relaciones entre ambos países eran muy tirantes y hacía algunos años que se fraguaba una nueva revolución social. Además, un joven general del ejército, amigo de los jacobitas, comenzaba a convertirse en un héroe nacional tras ganar en Italia a los tropas pontificias, obligar a Austria a la rendición y estar sumergido en un éxito sin precedentes en la campaña que el país mantenía con Egipto. Las ansias de aquel soldado se antojaban insaciables y, peor todavía, nadie parecía capaz de frenar sus ambiciones, ni siquiera el rey Luis.

Que Veva ensalzara así las virtudes de la nación vecina era, casi, una traición a la patria.

—¿Sabes bailar el vals, Sebastian? —inquirió su hermana, emocionada, sacándolo de sus turbios pensamientos—. ¿Dónde has aprendido? Ningún hombre de bien ejecuta un vals. Se considera escandaloso.

—Ningún caballero lo haría en público, Helena. Ni ninguna dama, dicho sea de paso. Ahora bien, en privado... —Y lo dejó ahí.

Era demasiado joven todavía, no necesitaba saber según qué detalles de su vida.

—Pero, ¿lo haces bien? —insistió.

—Mucho mejor que cualquier francés lechuguino que se preocupa más por el estado de su peluca que por llevar correctamente a su pareja —refunfuñó, en clara alusión al comentario

anterior de Veva.

—¿Has ido a clases con alguna profesora de bailar francesa, como hago yo? —siguió indagando Helena, debatiéndose entre la extrañeza y la ilusión. De otro modo ¿cómo había podido él ensayar hasta aprender?—. ¿Crees que podría enseñarme a mí también?

Carraspeó antes de responder.

—Algo así, pero no creo que esté disponible para dar clases a ninguna señorita en estos momentos.

«Vaya, vaya», se dijo Genoveva. Así que el conde tenía una amante parisina.

—Supongo de debe de ser una dama de muchos talentos —no pudo evitar apostillar la duquesa, esperando que su voz sonara más divertida que resentida.

Prefería pensar que era una amante y no que acudía a los burdeles donde las prostitutas francesas proliferaban, huidas de un país que ya no reconocían. Desde que Veva regresara a Inglaterra se había dedicado a localizar e intentar dar una mejor vida a todas aquellas que lo desearan. A diferencia de otros aristócratas, que preferían ayudar a los nobles desterrados y aprovecharse de las desgracias de los galos de clases más desfavorecidas, ella tenía una casa de acogida para mujeres expatriadas y las mantenía allí hasta encontrarles un trabajo: costureras, doncellas, niñeras, maestras... pero no todas decidían llevar una servil, aunque decente, existencia.

—¡Bailad, bailad, por favor! —Helena, ausente al significado que, entre líneas, se dibujaba, continuaba encantada con la idea de aprender el vals.

—Solo cuando hayas bailado el minué sin fallas —se le adelantó Veva a Sebastian, intentando evitar, suponía este, tener que valsar con él—, valoraré enseñarte algunos pasos.

—*Monsieur* Le Blanch, deléitenos con uno, por favor —pidió el conde al maestro de baile, esperando que las alegres notas de un minué sonaran desde la caja del piano.

Hizo una reverencia a su hermana y comenzaron a dibujar las galantes figuras y saludos con paso moderado.

Si algo quedó demostrado antes de que finalizara el primer movimiento fue que el conde no había exagerado al presumir de su capacidad para danzar. Era elegante, se movía sin florituras — las que, al parecer, atribuía a los lechuguinos del país vecino—, con segura masculinidad y siempre atento a su pareja. En sus brazos, Helena se transformó en un cisne. Las manos, la rectitud de la columna... todo era perfecto. Recordó un baile, dos años antes, en el que también ella ese sintió flotar con él de acompañante.

Desde luego que su profesor era un bailarían excelente, pero no tenía la capacidad de relajar a la muchacha lo suficiente. Para su crédito, cuando acabaron, Le Blanch aplaudió con entusiasmo:

—Creo, su gracia, que deberíais encargarnos vos de las clases de vuestra hermana —lo elogió.

—En absoluto, *monsieur*. Conmigo no se siente presionada y, en cuanto entrase en la pista para bailar con el Príncipe de Gales, quien a pesar de su volumen tiene unos pies muy ligeros, se olvidaría de los pasos. Deberías aumentar las horas de práctica, en el último mes ha mejorado

ostensiblemente. —Se volvió a mirar a la duquesa—. Eso si lady Genoveva lo aprueba.

—Desde luego —asintió, envarada sin motivo.

—¿Valsaréis ahora, por favor? ¡Por favor!

Cuando una joven ponía su empeño en algo... y lady Helena podía ser muy tenaz cuando se lo proponía.

—Una promesa es una promesa —se resignó ella, en voz baja—. *Monsieur*, quizá podría...

Pero antes de que terminara la frase este ya había comenzado los acordes de una de las melodías vienesas más conocidas. Sebastian se acercó a ella, la tomó por la cintura y comenzó una serie de giros en sentido natural y en reversa combinados con pasos de cambio. El ritmo era vertiginoso, todos los vales se bailaban deprisa. En cambio, había algo deliciosamente lánguido en la danza, en *esa* danza en concreto.

Sebastian aprovechó cada compás para deleitarse en el contacto de su cuerpo, presionando los dedos sobre su cintura para sentir y hacerla sentir el calor de sus pieles. Del mismo modo, colocó durante los pasos no giratorios las manos entrelazadas sobre su ancho pecho, cerrando la postura, dejando que, a través de su chaleco, pues no llevaba puesta la chaqueta, ella sintiera el ritmo acelerado de su corazón. No le importa que supiera cuánto le afectaba su cercanía, no mientras la respiración de ella fuera pareja a la suya y sus ojos no se apartasen de su mirada; no mientras sintiera un ligero temblor cada vez que, al cambiar de lugar su mano derecha, le rozaba la cintura e incluso, en un movimiento osado, la cadera y ella contenía el aliento. No cuando, en fin, la veía tan extasiada como se sentía él.

Pero todo lo bueno tenía un final y la melodía llegó a su ocaso. Helena aplaudió, casi daba saltitos ante el espectáculo que acababa de presenciar, sin entender la intimidad que se respiraba en el ambiente.

—Quiero que un caballero me haga mecarme así —suspiró, soñadora.

—El vals no está permitido en los salones de Inglaterra —fue claro Sebastian en su advertencia.

Veva, que sabía cuánto le había afectado aquel baile y que los otros dos caballeros también era conscientes de su azoramiento, añadió con voz seca:

—Y si alguna vez tienes la oportunidad, asegúrate de que él lleve guantes. —Señaló con la mirada las manos desnudas de Hentley, los ojos reprobadores—. O, al menos, que ponga un pañuelo entre tu cuerpo y el suyo para evitar un escándalo. Cualquier caballero lo habría tenido en cuenta.

No deseando escuchar respuesta alguna, se marchó de la sala sin mirar atrás, intentando contener la necesidad de su cuerpo.

Se perdió, así, la mirada lobuna del conde, que la conocía lo suficiente para saber que se había excitado con la cercanía de su cuerpo.

Quizá la duquesa de Rachôme estuviera enojada con él por animarla años atrás a casarse con un hombre, al parecer, inadecuado. Pero su enfado no podía ser tan grande cuando su cuerpo, por lo

visto, ya le había perdonado.

Capítulo 4

—¡Un baile de máscaras por San Valentín! —Helena estaba extasiada y suspiraba sonoramente cada vez que repetía la noticia—. ¿No es romántico?

—Es inusual —respondió Genoveva por inercia mientras untaba su tostada con mantequilla y mermelada.

A pesar de haber regresado hacía más de dos años, seguía tomando el desayuno a la manera continental. Llevaba algunas noches descansado muy poco, recordando el vals con Sebastian, el calor de su piel, el deseo en sus pupilas y cómo su cuerpo le había correspondido. Sus figuras parecían estar hechas para moverse al unísono en cualquier situación, concluyó, pues también había rememorado su interludio en el estudio la noche que llegara. Había intentado sin éxito pensar en el debut de Helena, en todo lo que necesitaría, en cómo infundirle confianza para que diese lo mejor de sí en el baile... pero su mente volvía una y otra vez a los besos y las caricias del conde, así que se dormía rayando el alba y hacía una ligera siesta por las tardes, una de las pocas costumbres españolas de su madre que no había perdido.

—¿Crees que mi hermano me permitirá asistir? ¿Genoveva? —la exhortó con impaciencia Helena, repitiéndose—. ¿Crees que Sebastian me permitirá asistir?

Salió de su ensimismamiento y valoró su respuesta.

—Por un lado, será apenas algo más que una reunión. En el campo todo es más informal, menos exigente, y ni siquiera se celebrará en un salón, sino en el granero del señor Adalstaire, así que tal vez sea posible que puedas acudir, a pesar de no haber debutado formalmente en sociedad. Pero por otro lado —le recordó al punto, para evitar esperanzarla sin necesidad—, es un baile de máscaras y no estoy segura de que sea una buena idea que acudas a uno, menos todavía sin haber cumplido siquiera los dieciocho. Se requiere de madurez y serenidad para...

—Pero los cumpliré al día siguiente, Genoveva. El quince de febrero ya tendré los...

—Lo sé, Helena, lo sé. Lo que significa que la víspera de San Valentín, que es cuando se celebra la fiesta, tendrás todavía diecisiete. Habrás de preguntarle a tu hermano, en todo caso. La decisión final es suya.

—¿Qué cuestión de estado he de decidir antes del desayuno, si puede saberse?

Sobresaltadas, pues ninguna de las damas lo había oído entrar, se giraron para recibirlo.

Se dedicó con mayor ahínco a su tostada, esperando que su sonrojo no fuera perceptible desde la distancia que los separaba, ni tampoco los celos que comenzaban a aflorar en su vientre al pensar en él bailando con otras damas.

—¡Qué alegría que te unas a nosotras en el desayuno!

—¿Me adulas? —se dirigió a su hermana, viendo que la duquesa lo ignoraba con deliberación—. Debe ser grave, entonces.

Tomó una taza de té del aparador, esperó a que el lacayo le sirviera y se sentó en la mesa al tiempo que la muchacha le contaba exaltada los detalles de la invitación. Cuando finalizó el soliloquio, el conde lo pensó concienzudamente, pero no sopesaba si era conveniente o no para su hermana, sino si lo era para él. Desde que bailara con Veva y entendiera que el deseo latía entre ellos, había estado planeando una estrategia de seducción y sí, decidió, un baile de máscaras bien podía ser una buena estratagema. Tal vez sí, disfrazado, no lo reconocía, no estaría predispuesta a odiarlo, como había comprendido que ocurría, consecuencia de su pésimo matrimonio.

Estaba harto de vivir en el pasado, quería mirar hacia el futuro e incluirla a ella en ese futuro.

—De acuerdo, siempre y cuando te comportes como corresponde y no te alejes de Veva o de mí.

Lo que, se dio cuenta demasiado tarde, sería imposible si lograba su propósito. Pediría a las esposas de los aparceros que se aseguraran de la perfección de su comportamiento, alegando la inexperiencia de la joven, por si acaso.

Ajena a sus tribulaciones, Helena miró con picardía a la duquesa, aunque fue a su hermano a quien habló.

—Quizá deberías vigilarme tú y permitir a Genoveva disfrutar de la velada. Estoy convencida de que todos la admirarán y, ¿quién sabe?, tal vez se granjee algún enamorado.

«Por encima de mi cadáver», quiso decir él. Ya la había perdido una vez por culpa de la situación del testamento de su padre; pero en ese momento no había ya impedimento alguno para tenerla y no permitiría que otro la cortejase siquiera si podía evitarlo. Definitivamente que las esposas de los terratenientes se encargasen de su hermana, pues él iba a convertirse en la sombra de Veva si era necesario.

—Será de ti de quien todos se enamoren, Helena. En cualquier caso —y a pesar de que su tono pretendía ser jovial, la voz le salió dura—, no tengo ningún interés en ganarme la admiración de nadie.

—¿No te gustaría que te rondasen? Eres muy hermosa y, digan lo que digan la normas sociales, sigues siendo joven. Lady Aberdeen se casó el año pasado, cuando ya contaba treinta y cuatro años. Y fue, además, un matrimonio por amor. ¿No te parece romántico?

—Tan romántico como que me condenen a muerte —respondió, cáustica.

—Pero Genoveva... —gimoteó, dolida.

—No volveré a pisar un altar si no es para acompañar a una buena amiga, como estoy

convencida de que haré contigo antes de que acabe el año. Pero, ¿llegar al final del pasillo de la iglesia siendo a mí a quien espera el novio? Antes prefiero que me lleven al patíbulo, gracias — terminó, con amargura.

—Suficiente. —El tono de Sebastian fue bajo, pero podría haber congelado el averno.

El resto del desayuno se desarrolló en tenso silencio. En cuanto la joven hubo finalizado, pidió permiso para retirarse y, una vez le fue concedido, salió casi corriendo por la puerta. Genoveva iba a hacer lo mismo cuando Sebastian la tomó del brazo con fuerza. No le hacía daño, pero la atenazaba, impidiéndole moverse.

—Tenemos que hablar. En mi biblioteca. Ahora.

Capítulo 5

Genoveva no tuvo más remedio que seguirlo, él no le cedió el paso. A cada zancada su enfado crecía y decidía cada una de las palabras que pronunciaría en el momento en el que la puerta se cerrara. No pensaba amedrentarse, se negaba a callar solo porque él fuera más fuerte. Estaban en la casa del conde, sí, pero había sido invitada a petición suya y era ella, Genoveva, quien le hacía el favor a Sebastian al presentar a Helena, no al contrario. Nunca al contrario. Si no le gustaba lo que iba a escuchar, que la echara de allí. De nuevo.

Por un momento se entristeció ante la idea de no verlo, de no volver a coincidir con él en aquella casa, de no volver a robar pequeños pedazos a la cruda pasión que extrañamente los unía. Quizá de joven hubiera podido imaginar que ese deseo existía, aunque fuera demasiado inocente para aseverarlo; ahora, sin embargo, entendía que, le gustase o no, los cuerpos de ambos se buscaban por más que rehuyeran la compañía del otro.

Desechó la angustia del destierro. El enfado era más seguro, especialmente cuando iba a recluirse en una estancia con la certeza de que no serían molestados, no después de cómo le había exigido que lo siguiera delante del servicio. Esta vez el mayordomo se aseguraría de que no hubiera interrupciones, más tras el bochorno de la última vez.

En cuanto escuchó cómo giraba la llave, le encaró, pero él se le adelantó en sus reproches:

—¿Te importaría decirme a qué ha venido el monólogo sobre el matrimonio? —La duquesa alzó las cejas, sin saber qué responder, así que se explicó—: Ya sabes, la parte en la que afirmabas que prefieres el cadalso al altar.

—Es completamente cierto, Sebastian, no volveré a casarme, no después de la experiencia que supuso mi matrimonio.

Una puñalada atravesó su pecho, mas no se dejó vencer. No en aquel momento. Ya se lamentaría después, en la intimidad que la soledad ofrecía. Continuó con tono enfadado, que era el único que no mostraría su frustración ni su pena.

—Me importa bien poco lo que decidas hacer con tu vida. Ya te dije que no te reprochaba tus amantes y tampoco te increparé tu eterna viudez. Si pretendes hacer ver que vas a llorar a tu esposo durante el resto de tu vida...

—Ambos sabemos que aborrecía a François. No puedo decir que me alegre de su muerte, pero, de seguir a su lado, es probable que a estas alturas ya me hubiera convertido en un cuerpo sin alma.

Sebastian ignoró el comentario y la culpabilidad que le significó y continuó hablando como si no hubiese sido interrumpido.

—Si, como te decía, deseas hacer ver que vas a llorar a tu esposo durante el resto de tu vida o pretendes que la sociedad decida que eres una mujer sin sentimientos cálidos, un escalón por encima del resto, adelante. No seré yo quien te lo impida.

Se sintió ultrajada. ¿Así la veía él, como una princesa de hielo? Una vez, antes de casarse, había aplaudido su genio y su ingenio. Ahora, en cambio, la tachaba de fría. Precisamente él, y a ella, que le había demostrado en esa misma biblioteca, aun sin quererlo, que era una mujer apasionada en los brazos adecuados. Y, si Sebastian no era un necio, debía de haber notado que sus brazos eran muy, muy adecuados. Ofendida, declaró con altivez:

—Y si no me reprochas mis decisiones, ¿podrías explicarme a qué viene esta reunión, exigida frente al servicio? Me has dado una orden como si fuera tu maldita esposa, Sebastian.

¿Orden? ¿Maldita esposa? Se sulfuró. Tuvo que contar hasta diez antes de contestar para no tomar el testigo a la provocación.

—Estaré encantado de explicártelo, Veva. —Sabía que la arrogancia estaba dando paso a la pedantería, pero no podía evitarlo, su corazón se sentía herido y necesitaba mostrarse distante y al infierno si eso la ofendía, ella lo estaba matando—. Se debe a que te agradecería que no predispongas a mi hermana, que debuta este año y apenas ha alternado con la nobleza, en contra del matrimonio.

Ella se dio cuenta al instante de su equivocación. Respiró profundamente. Había cometido un error, uno gravísimo. Bajó los hombros y trató de serenarse.

Sin embargo, no conseguía hallar calma, no con él allí. Se sentía insultada y expuesta. Después buscaría a Helena y le hablaría del matrimonio, le daría las explicaciones que fueran necesarias o, más bien, se las inventaría. No podía contarle a una niña que debutaba la realidad de su vida conyugal, aun sabiendo que existía otro tipo de matrimonios. Pero no tenía intención de darle la razón a Sebastian, a él menos que a nadie, que la había prometido con un francés que... prefirió no recordar.

—Bueno, después de todo, tal vez sea mejor que no acuda ciega al altar —también ella se había tornado pretenciosa—. Quizá las jóvenes debieran saber a qué se enfrentan cuando se casan. Podría escribir una nota al respecto y enviarla sin remitente a todas las muchachas que vayan a pisar los salones de Londres esta temporada. Me convertiría en una especie de heroína anónima. Lo llamaría... —se sentía estúpidamente inspirada, sin saber si se burlaba de él o de sí misma— *Decálogo de una buena esposa o diez maneras de evitar que tu esposo te someta por tratar de ser tú misma*. ¿Qué te parece, Sebastian? ¿Permitirías que Helena lo leyera?

Se acercó un poco más a ella. No se atrevió a tocarla. La sentía tensa como la cuerda de un

violín y temía una mala reacción si la rozaba. Le susurró, temeroso de conocer tanto como de no saber:

—Pero ¿qué clase de matrimonio tuviste, Veva?

No hubo de meditar la respuesta.

—El que tú escogiste para mí.

Sus palabras llegaron en voz tan suave que hubo de esforzarse para oírla. Pero escuchó cada palabra y, con cada una, su corazón se agrietó un poco más.

Genoveva se despreció a sí misma por mostrar su debilidad, por su injusticia. Pretendía castigarle por hacer lo que cualquier tutor hubiera hecho: buscarle un buen partido por esposo; por haberla dejado marchar, en lugar de esperar un poco más.

Esperar ¿a qué?, se rio su conciencia de ella. Él nunca le hubiera pedido matrimonio por más que Genoveva lo hubiera deseado, por más que ella lo hubiera amado y, después de todo, aceptó el cortejo de aquel duque francés buscando despertar sus celos y, cuando no lo logró y llegó la propuesta vestida de anillo de diamantes, la aceptó sin oposición y con todos los ánimos de su mentor.

Pero no era el despecho, sino la razón, los hechos de aquellos días ahora lejanos en el tiempo, los que le decían que Sebastian la había regalado al primer hombre con título y riqueza suficiente que había pedido su mano; que había estado deseoso de apartarla de su lado.

—¿Veva?

Insistió el conde en un murmullo, cerrando la escasa distancia que los separaba. La dama se hizo atrás. No quería que la tocara, no quería que la consolara, no quería que la viera derrotada.

—La única clase de matrimonio posible entre una joven testaruda que estaba descubriendo todavía quién era y un esposo dieciséis años mayor y con poca paciencia. Un marido que creyó que era su derecho legítimo como esposo domarla. A veces con cariños no deseados, otras con azotes tampoco bien recibidos. Y con insultos, ¡oh!, de esos hubo muchos. —La cara de horror de él la hizo sentirse triunfal, como si cuatro años de infierno y haber sido doblegada hasta hacer desaparecer a la verdadera Genoveva fuera algo de lo que enorgullecerse—. Ninguna afrenta fue demasiado grave, no te alteres, menos todavía después de tanto tiempo. Los maridos franceses consideran a sus mujeres su mayor tesoro, así que nada fue excesivo o insoportable. Domarme significaba crear una dependencia para con él, no un odio acérrimo. —Lo miró con sorna antes de proseguir—. Digamos que hubo una profusión de atenciones. Todo lo contrario, ahora que lo pienso, a un típico matrimonio inglés. Vaya, me temo que no podré escribir ese decálogo, después de todo. Tendré que conformarme, entonces, con anhelar que la diosa Fortuna sea más amable con Helena de lo que lo fue conmigo. Confío en que también tú seas más considerado con tu hermana de lo que lo fuiste con tu pupila.

Sebastian se sentó en el sillón, incapaz de sostenerse. Su cara reflejaba la consternación que lo invadía. Genoveva, lejos de sentirse mejor tras culparle por sus desgracias, se supo una miserable. ¿Qué sentido tenía hacerle saber de sus desdichas? El pasado ya no podía cambiarse y,

al parecer, sus consecuencias tampoco.

Sin más que decir, se marchó con la sensación de que había roto de forma irreparable algo que nunca había tenido del todo.

Capítulo 6

A la mañana siguiente el señor de la casa no acudió al desayuno ni tampoco lo hizo a la cena, dicho fuera de paso. Genoveva no lo vio, por tanto, en todo el día. Sí lo haría, en cambio, dos días después durante el almuerzo, momento en que recibió una carta de manos del mayordomo, junto con una caja de chocolates.

Sorprendida la tomó y, ante la insistencia de Helena, que no dejaba de repetir que se había granjeado un enamorado tan cerca de San Valentín, la abrió, rompiendo el sello anónimo, pues no portaba lacre alguno.

Estimada lady Genoveva:

Son tantos los años que deseo hablaros que, al fin, las palabras han vencido a mis miedos y han liberado los sentimientos que durante tanto tiempo mi pecho ha portado en secreto.

Y ahora que me enfrento a ellos, ahora que oso contaros lo que durante más de una década he callado, solo atino a deciros que os amo; que os amo profundamente, como toda mujer debiera ser amada, al menos, una vez en la vida.

Comprended mi cobardía, no me atrevo a desvelar mi nombre, tan seguro estoy de vuestro rechazo.

Solo me queda, por tanto, disculparme con vos por mi atrevimiento y desearos lo mejor. Espero que encontréis un hombre que os merezca más que yo, uno que os haga sonreír como antaño, cuando aquel pequeño gesto de espontánea alegría iluminaba vuestra mirada y, dicha luz, mi alma.

Vuestro,

El hombre que os ama

Un nudo le atenazó la garganta y una sensación de tibieza el interior de su pecho. Un sentimiento completamente nuevo la inundó: por primera vez se sentía valorada, casi amada. Hubo de controlarse para no llorar.

Afortunadamente para ella, Helena rompió el momento.

—¿De quién es, Genoveva?, ¿de quién es? —preguntó al tiempo que intentaba arrancarle el papel de las manos.

—¡Helena!

Fue Sebastian quien la amonestó. No hizo falta decir más. Era una carta privada y su hermana

estaba rebasando no solo los límites del decoro, sino también los de la discreción, incluso en una amistad tan consolidada como la que las unía.

—Pero Sebastian —insistió, justificándose y suspirando al tiempo, soñadora—, Genoveva tiene un enamorado. Tal vez sea ella quien se case esta temporada, a pesar de sus reticencias, y sea yo la que la acompañe al altar —bromeó, feliz por su mentora—. ¿Me dejarás que te sostenga la cola y te guarde el ramo durante la ceremonia, Genoveva?

Aquellas palabras la molestaron de una forma absurda e irracional. Pidió al lacayo que llamara a su doncella en tono seco. Mientras la esperaban, dobló la carta y abrió la caja de bombones, ofreciendo a los presentes que tomaran los que desearan, pero sin mirar su contenido, ignorándolo deliberadamente. Nada más llegar la criada, le entregó ambas cosas con indiferencia.

—Lleva los chocolates a la cocina y disfrutadlos. Y, por favor —su voz sonó hueca, fría, al tiempo que le entregaba el papel—, haz desaparecer *esto*.

Pronunció la última palabra con desprecio, pero mientras lo hacía miró a la doncella que tan bien la conocía, suplicante. Esta entendió. Bajaría los bombones para el servicio, sí, pero guardaría la carta en el cofre de su señora, envuelta con sumo cuidado para evitar que se estropeará o que fuera descubierta por nadie.

Haciendo una reverencia, se despidió.

—Pero Genoveva... —comenzó a protestar Helena, haciendo pucheros.

—Helena, no es mi culpa si un insolente descerebrado ha decidido que pretende cortejarme. En todo caso no estoy interesada, ni en él ni en ningún otro hombre. Ya estuve casada una vez y no volveré a pisar un altar nupcial si no es para acompañar a alguna amiga, te lo dije. No, Helena, no seguiremos hablando de esto, ni le comentarás a nadie que he recibido una carta por San Valentín. No. Y en este punto se termina la discusión.

El resto de la comida se produjo en el silencio más absoluto. Solo cuando acabaron los postres se atrevió la joven a pedir que la dispensasen, marchándose en cuanto se lo permitieron. Iba ella a hacer lo mismo cuando Sebastian le pidió que se quedara en tono seco, con la mirada dura, solicitando a los lacayos que los dejaran solos. Estos, desde luego, hicieron lo que se les pedía.

En cuanto la puerta se cerró, la duquesa comenzó su ataque.

—Al menos esta vez no me has arrastrado por toda la planta baja hasta tu despacho, pero ni sueñes con que te lo agradezca —su voz iba alzándose conforme hablaba, lo que le parecía increíble, pues ella jamás gritaba—. Y no te atrevas a reñirme como si fuera una niña por haber recibido una dichosa carta de San Valentín. No es mi culpa si algún pisaverde ha decidido que quiere enamorarse de una mujer caduca. A fin de cuentas —dijo, ahora más para sí que para él, dejando, por ende, de increparle—, no entiendo a qué viene tanta molestia, cuando es obvio que no es amor lo que busca. Un hombre jura amor eterno a su futura esposa, a una viuda que roza la treintena le promete otras cosas que poco tienen que ver con la ternura y mucho con la lujuria...

—¡Veva! —atronó la voz de Sebastian, iracundo por sus palabras.

Esta, sin embargo, malinterpretó el sentido de su enfado.

—Ni se te ocurra insinuar que es algún hombre con el que he estado coqueteando mientras acompañaba a tu hermana al pueblo o que algún antiguo amante ha venido a Lancanshire a visitarme. Ya te dije que estaba de acuerdo contigo en que era preferible no llamar la atención durante la temporada en que Helena va a ser presentada. Así que no me señales a mí si algún estúpido se ha creído alcanzado por las flechas del maldito Cupido.

Se sintió herido. Le había enviado aquella carta por dos razones. Una era la más sencilla de reconocer: quería ver su reacción, quería saber qué sentía ella al saberse cortejada, amada. Deseaba volver a verla ilusionada. Su renuencia, en cambio, así como sus palabras, lo estaban matando poco a poco.

La otra razón era más difícil de aceptar, pero, quizá, más cierta que la primera: tenía que confesarle sus sentimientos. Aunque fuera desde el anonimato, necesitaba descargar de su alma el peso de su desdicha, de su amor no correspondido.

Si hubo alguna esperanza de tenerla, por la facilidad con la que se derretía entre sus brazos, se había desvanecido al oírle referirse a él, aun sin saberlo, como un *estúpido, pisaverde descerebrado*.

Dolía, por Dios que dolía.

—¿Sebastian? —Algo en su gesto preocupó a Genoveva. Parecía... perdido, desorientado, incluso desolado—. Sebastian —lo llamó de nuevo—, ¿estás bien?

Pero este prefirió callar. Si le respondía, era posible que la insultara, poniéndose en evidencia, o que se pusiera igualmente en ridículo sin necesidad de hacerlo, solo confesando ser el autor de aquellas letras.

Derrotado, salió del comedor sin decir nada más. Ni siquiera dio un portazo, cerró con delicadeza la puerta, temeroso de que el más mínimo golpe acabara de romperlo a él.

Capítulo 7

Desde que discutieran, un semana antes, únicamente habían coincidido en las cenas. Se evitaban deliberadamente, ambos lo sabían, y, durante estas, permitían que Helena parloteara entusiasmada de sus mejoras en el baile, de sus avances con el piano, de lo que deseaba encargar a la modista en función de lo que leía en las revistas de moda... Todo era nuevo para la joven y compartía sus excesos con ellos, dos personas que consentían su exuberante conversación para evitar hablarse. Ni siquiera sus ojos se cruzaban, aunque no por ello dejaban de mirarse a hurtadillas cuando el otro no se percataba, haciendo así las delicias de los lacayos.

Genoveva no quería profundizar en sus emociones, no quería volver a sentirse atrapada por el amor que la arrastró durante su juventud y que se truncó una noche con el anuncio de un matrimonio con otro hombre. Saberse regalada por Sebastian había sido el peor de los desprecios. Pero por Dios que lo echaba de menos cada minuto del día y esperaba las cenas con impaciencia, por más que transcurriesen de un modo tan frío.

Él, en cambio, no tenía dudas ni temores. Sabía que la devoción que sintió una vez no había mermado ni un ápice con los años y que la joven de la que se había enamorado seguía latente debajo de aquella mujer fría, esperando que algún hombre, valiente o loco, la devolviera a la vida. Y sabía que quería ser ese hombre. Si la evitaba era para darle espacio, para no precipitar nada entre ellos. Tenía tiempo, tenía toda una vida y, cada vez que estaban juntos, la situación se les iba de las manos y acababan haciéndose daño o besándose con desesperación; eran dos personas temperamentales y, juntos, parecían ser incapaces de controlarse. Por más que la añorase, un poco de distancia no podía ser contraproducente.

Aquella mañana, en cambio, sí se vieron. Se levantó algo más tarde y se arregló más de lo normal, pues tenía una cita con su contable y, habiendo este tenido un accidente relacionado con una res, sería él quien acudiera a su morada a hablar de las cosechas para la primavera.

—Sebastian—Helena lanzó un gritito de sorpresa cargado de alegría—, estás guapísimo.

En silencio, Genoveva tuvo que darle la razón mientras su corazón se aceleraba. Con una chaqueta verde oliva de gamuza y unos pantalones negros, tanto como su cabello, estaba arrebatador. ¿A quién podría ir a ver, más acicalado de lo habitual en el campo?

Tomó una taza del aparador y esperó a que le sirvieran el té y le añadieran leche. No lo tomaba con azúcar. Sin sentarse, tomó la humeante bebida en dos tragos y un croissant del plato de Veva, únicamente para obligarla a que alzara la vista. Guiñándole un ojo con picardía, pretendía dirigirse a los establos cuando la voz de su hermana le detuvo.

—¿Te veremos hoy para el almuerzo? —quiso saber Helena.

Siempre preguntaba al ama de llaves si su hermano comería en casa, deseosa de compartir tiempo de calidad con él, consciente de que cuando llegaran a Londres la agenda social haría imposible tener momentos de intimidad.

—Voy a visitar a alguien. —A punto estuvo de no decir a quién, pero no quería encender la llama de los celos en Veva, sabía que ardería en exceso—. El señor Balvenie me espera.

—¿Vas a ver a tu contable?

La explicación de Helena hizo que la duquesa soltase el aire que retenía. No había ninguna mujer, entonces.

—En efecto —y se volvió a mirarla a ella—. Veva, por favor, encuentra un momento esta semana para hablar conmigo en la biblioteca, si eres tan amable. —La invitaba a su estudio con educación, no la empujaba hasta allí—. Me gustaría determinar cuándo irnos a Londres para abrir la casa y preparar el guardarropa de mi hermana. —Esta soltó un gritito emocionado—. Confío en que te hospedarás con nosotros.

—Necesitaremos...

—De una carabina, sí. Lo hablaremos cuando te venga bien. Y ahora, si me disculpáis...

Con una reverencia, desapareció por la puerta, dejando a ambas damas satisfechas, cada una por un motivo bien distinto.

Otra noche que le costaba conciliar el sueño, y ya eran cuatro. El reloj de la primera planta sonó tres veces. Se giró bruscamente, moviendo las sábanas y la colcha con tal fuerza que cayeron a un lado. Enfurruñada, estiró de un extremo, deshaciendo la cama por completo. Se puso en pie y miró ceñuda el enorme lecho, como si por amedrentarlo con la frialdad de sus ojos fueran las mantas a regresar a su lugar por arte de magia. Una vez la maraña de telas estuvo en orden, se dispuso a cobijarse entre ellas, sin esperanzas de hallar el sueño.

—Aunque ya que estoy levantada —se dijo, al tiempo que se golpeaba la barbilla con el dedo índice— bien puedo ir a la biblioteca y buscar el libro más aburrido que encuentre. No hay mejor remedio para dormir que Aristóteles.

Tomó una candela y bajó las escaleras sin hacer ruido. Entró en la biblioteca, donde años atrás había compartido muchas veladas de lectura con Sebastian, y se dirigió a las estanterías del fondo, en busca de los gruesos volúmenes de los pensadores griegos. Dejó la vela a un lado, en el suelo, y se puso de puntillas, estirando ambos brazos, para bajar *Librillo sobre las virtudes y los vicios*.

—Permíteme— le murmuró una voz profunda cerca de su oído, al tiempo que un pecho sólido se pegaba a su espalda y traspasaba el calor de su cuerpo tras la fina batista del camisón.

Con las prisas ni siquiera se había puesto una bata, sabiendo que la casa se mantenía atemperada día y noche durante el invierno, pues no se apagaban los fuegos, teniendo leña suficiente de los bosques aledaños. Probablemente su silueta se vislumbraría a través de la tela, se percató. En su sobresalto se dio la vuelta y se llevó la mano al pecho, quedando atrapada entre los fuertes brazos de Sebastian, que tomaban el libro y leían el título, notando a su espalda la madera de la estantería. Alzó el conde perezoso la mirada y sonrió, sin separar sus cuerpos. Tampoco Genoveva se movió.

—Extraña elección. ¿Qué mitad piensas leer primero, la de las virtudes o la de los vicios?

Ella tomó de un tirón el volumen y lo estrechó contra su pecho, en parte para protegerse de la luz indiscreta, en parte para ocupar sus manos en cualquier cosa que no fuera el cuerpo que tenía delante, cubierto por una camisa blanca y un chaleco desabrochado, y que tanto le atraía. No llevaba pañuelo, siquiera.

—Las virtudes, desde luego —respondió envarada.

—Lástima —chasqueó la lengua—. Si hubieras elegido los vicios podría haberte mostrado unos cuantos.

—No me cabe ninguna duda de que eres un experto en pecados, Sebastian.

Y este, recordando las provocaciones de ella durante aquellas semanas, decidió pagarle con la misma moneda.

—Tal vez este hombre que, supones, no tiene sangre en las venas, podría enseñarte alguno, Veva. No, no me mires así, no sufrirías. Podría ser ahora mismo, aquí mismo, ni siquiera tendrías que guiarme o ayudarme. Valoraría especialmente que apartaras el libro —bajó la voz y acercó su boca a la delicada oreja, provocándole un escalofrío al continuar, susurrante— para poder acceder al tesoro que oculta, pero si no quisieras, tampoco sería necesario. Podría enseñarte a pecar sin que hicieras nada. Podría hacerlo yo todo. Podría alzar tu camisón, dado que tu tratado sobre los vicios no me permitiría desabrocharlo, alzarte a ti después sobre uno de los estantes, colocarme entre tus piernas, besarte para disfrutar del sabor de tu boca y acallar cualquier protesta primero, y suspiro y jadeo después, hasta llevarte al Edén sin que te movieras siquiera. —Sintió como la respiración femenina se volvía más pesada, vislumbró entre las sombras el deseo en sus ojos y se sintió tan seducido como seductor era—. ¿No es curioso cómo el pecado podría llevarte al paraíso, Veva?

Si no lo apartaba en aquel momento y se marchaba, permitiría que le hiciera todo lo que le había dicho. Tal vez, incluso, le suplicaría que comenzara con sus lecciones cuanto antes. ¿Dónde estaba el último hábito de voluntad que le restaba?, se preguntó. Pero supo que lo había perdido en cuanto lo sintió pegado a su espalda, en cuanto escuchó su voz mientras buscaba el libro, en cuanto su piel lo reconoció y el cuerpo le dolió de ausencia. Cualquier negativa se había ido escurriendo a cada palabra que él pronunciaba.

Viendo que no se retiraba, Sebastian se arriesgó a bajar la boca hasta los tentadores labios, entreabiertos, que lo llamaban cual sirenas a los marineros.

Capítulo 8

A diferencia de la otra ocasión, en que la besó fruto del enfado y arrasó su boca lleno de furia, esa vez rozó sus labios con suavidad, tanteándola, esperando que fuera ella quien imprimiese una mayor presión sobre los suyos. Mimosa, se dejó acariciar por la boca de Sebastian tanto tiempo como la contención se lo permitió, antes de emitir un ligero gemido y abrir la suya. Sin querer precipitarse, le lamió el labio superior y volvió a dedicarse a besarlo, esa vez con más pasión, colocando la mano en su cuello, enredando los dedos entre las largas guedejas sueltas, masajeándole el cuero cabelludo, mientras el beso se iba transformando en algo más húmedo y profundo, hasta que sus lenguas se acariciaron e iniciaron la invasión de la boca del otro con deseo. Las manos de Veva se posaron sobre los anchos hombros del conde y presionó la carne, deleitándose con el calor que emanaba a través de su camisa. Perdida en el beso, sin saber lo que hacía, comenzó a desabrochar los botones en busca del contacto directo de su piel. Cuando Sebastian notó las dulces manos de ella sobre sus pectorales, bajó los dedos por la columna hasta llegar a sus nalgas, que amasó con deseo, pegándola a su pelvis, dejándole sentir la dureza de su necesidad.

Pero ella, lejos de amedrentarse, echó la cadera hacia delante buscando acoplarlo al centro de su propio deseo.

—Veva —suspiró él contra su boca—. Veva —repitió.

Sus labios se separaron y la lengua de Sebastian le lamió la mandíbula, le dio ligeros mordisquitos antes de bajar hasta su cuello y besarlo con pasión. Ella colaboró, echando la cabeza atrás, dando acceso a todo aquello que quisiera tomar.

—Me vuelves completamente loco —le susurró en el oído, antes de rozar con los dientes el lóbulo de la delicada oreja y volver a atacar su boca con pasión renovada.

Pero la duquesa no pretendía mantenerse pasiva. Dejó los labios que tanto placer le daban y bajó los suyos por la barbilla y la nuez para apartar la camisa con las manos y dedicarse con fruición a la piel caliente de su pecho. El conde la apretó todavía más contra su miembro y rugió de deseo. Sus manos cobraron vida propia y se posaron en los costados de ella para hacerse un hueco y acunar sus senos. Encontró las cimas ya endurecidas y las pellizó por encima del

camisón.

—Sebastian —suplicó ella contra su piel, ofreciéndole un mejor acceso—. Más, por favor.

Se separó un segundo de ella, el tiempo justo para colocarla contra la estantería, tomarle las muñecas con una mano y colocárselas por encima de la cabeza y, con la otra, subir el camisón y enredar una de las piernas de Veva alrededor de su cadera. Las finas calcetas apenas cubrían su piel humedecida, supo cuando comenzó a acariciarla en círculos por encima de estas. De un tirón, ella se soltó las manos y las bajó a su pantalón, dispuesta a despasar el botón y liberarlo.

Se permitió mirarla mientras lo hacía, la vio transida de deseo, necesitada de que la penetrase en ese momento, contra la estantería.

No quería tomarla allí, se dio cuenta entonces, y no así. Quería hacerla suya en su dormitorio, en la cama del conde. Quería atesorar el recuerdo de ella en su gloriosa desnudez, apasionada, entre sus sábanas, contra su piel, también sin ropa.

Sabía que detenerse en ese momento era un riesgo enorme, que ella podía entrar en razón y negarse a acompañarlo, pero merecía más que un revolcón en el suelo de su estudio. Ambos lo merecían.

Tal vez no fuera la primera vez para ninguno de los dos, pero sí era su primera vez juntos y quién sabía si habría más. No, tenía que ser inolvidable, necesitaba que lo fuera. Podía tomarla en brazos, besarla y llevarla así hasta su alcoba, sabía que sería la manera más sencilla, mas su orgullo o su amor, no lo sabía, le pedían que ella expresara su consentimiento, necesitaba escucharle decir que deseaba unirse a él tanto como él a ella. Quizá no con esas palabras, jamás soñaría con escuchar algo así de su boca, menos todavía después de saber cuánto rencor le guardaba por el matrimonio que sufrió, pero, al menos, convencerse y convencerla de que lo que iban a compartir no era solo fruto de una pasión irrefrenable, sino, además, de la conciencia de la exigencia de estar juntos, aunque fuera solo durante unas horas robadas a la realidad.

Respiró hondo, intentando relajarse, y le tomó las manos, inmovilizándola.

—Sebastian —protestó con un deje de desesperación.

—Ven conmigo a mi alcoba. —No queriendo que pensara demasiado, acompañó su ruego de un beso descarnado, incitándola al pecado.

Cuando se separó de su boca, poco después, repitió su súplica.

—Sube conmigo y déjame que te desnude, que bese cada centímetro de tu piel, que te haga mía sin prisas y sin ropa. —Le acarició los pechos de nuevo, antes de continuar—. Por favor.

La conciencia llegó a ella. Sabía que si le decía que sí, que si accedía a subir con él, no podría alegar después que se había dejado llevar. No era ante él ante quien necesitaría justificarse, sino ante sí misma, como ya hiciera la noche en que los interrumpió el mayordomo.

—Yo... —dudó.

—Sin recordar el pasado, sin condicionar nuestro futuro. Solo ahora, Veva. Vivamos el presente. —La besó suavemente en la boca, una, dos, tres caricias destinadas a tentarla más que a presionarla—. Hazme tuyo en mi cama.

Aquella frase fue la perdición de la duquesa. Suyo, sería suyo aunque fuera por una noche y se nutriría de aquel recuerdo para siempre. Sin pasado y sin futuro. Solo ellos dos y ese instante.

Se apartó de su cuerpo, se recolocó el camisón con manos temblorosas, le abrochó el pantalón y le tendió la mano.

—Vamos —le pidió.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que él suspiraba de alivio al saber de sus intenciones. ¿De veras creía que era tan fuerte como para negarse a él?

Salieron del estudio, el libro de Aristóteles olvidado, y caminaron con seguridad hacia el dormitorio del conde. Una vez allí, Sebastian cerró la puerta y la colocó frente al enorme lecho.

Le acarició la mejilla con ternura, se agachó hasta media altura y, sin pedirle permiso, tomó el dobladillo del camisón y le sacó la prenda por la cabeza. Sin alzar la mirada, sabiendo que si lo hacía perdería la poca calma que le quedaba, se centró en las calcetas, que tiró hacia abajo. Veva se encargó de deshacerse de ellas una vez enroscadas en los tobillos, lanzándolas lejos de una patada.

Dio un paso atrás antes de atreverse a mirarla. Cuando lo hizo se encontró a una diosa: pechos llenos, estómago liso, caderas perfectas y largas piernas. Era un sueño hecho realidad.

—Eres preciosa. Preciosa —le susurró con reverencia.

Segura de sí misma, viendo el ardor en su mirada, se sentó en la cama y le pidió:

—Desvístete.

No se hizo de rogar, ni siquiera pudo asaltarle la vergüenza ante la idea de desnudarse para ella. Pasó la camisa por encima de la cabeza, dejándola caer con descuido no supo dónde, de sendas patadas se quitó los zapatos y tiró del pantalón y los calzones al mismo tiempo, quedando tan desnudo como ella, excitado como nunca.

—Tumbate en la cama, Veva, boca abajo.

Extrañada, hizo lo que le pedía, deseosa de recibir todo el placer que quisiera darle.

Sebastian se colocó sobre ella, asegurándose de no cargar el peso de su cuerpo sobre su delicada figura, y comenzó un reguero de besos desde su nuca hasta sus nalgas, dándose un festín con ellas, acompañando las caricias de su lengua con sus dedos, que jugueteaban en su cálida humedad.

—Vuélvete —le pidió con voz grave.

Y colocó su boca entre sus muslos, abriéndola para deleitarse con su sabor.

Genoveva casi saltó de la cama ante un acto tan íntimo, uno que nunca había experimentado. Ver la cabeza de Sebastian entre sus muslos era una imagen pecaminosa; una que, con seguridad, se llevaría a la tumba. A las caricias de su boca se sumó un dedo, que entró en ella y la acarició por dentro.

Gritó de placer y comenzó a retorcerse. Sabiéndola cerca, abandonó su pubis y subió por el estómago hasta sus senos, que sopló primero, y cuyos pezones sorbió después con deseo. Finalmente, llegó a su boca y la besó, en una caricia húmeda llena de necesidad.

Fue ella quien abrió las piernas y le rodeó la cintura, quien lo buscó para acoplarse a su masculinidad y quien, tomando con la mano su dureza, se la introdujo.

—Veva —gimió él, meciéndose contra su cuerpo—. Veva —repitió, desesperado.

Ella respondió alzando las caderas, asegurándose de tenerlo completamente sumergido en ella, clavándole las uñas en las nalgas hasta que no le cupo más.

—No seas suave —le urgió—. Necesito... te necesito.

Cualquier resquicio de control que pudiera quedarle se rompió con su ruego. Se afianzó sobre los brazos y la embistió una y otra vez, cada vez con más fuerza, cada vez más cerca, hasta que el clímax los arrolló, haciéndoles gritar, cayendo él, inerte, sobre ella, abrazados, tratando de recuperar el control de su respiración.

El de sus corazones, se temían, lo habían perdido para siempre.

Genoveva se quedó dormida en sus brazos casi al instante. Una parte de él se sintió agradecida a pesar de que tenía muchas cosas que decirle, pues temía que no estuviera preparada para escucharle o que él se precipitase.

Pudo, además, deleitarse con el peso de su curvilíneo cuerpo sobre el suyo, con la suave respiración de ella contra su pecho, con el tacto de su pelo y con la vista de su piel inmaculada. Si no hubiera temido despertarla, la habría acariciado, tan necesitado de Veva estaba, pero tenerla en su cama era un lujo inesperado, así que se mantuvo quieto durante algunas horas, deleitándose en su compañía, hasta que el sol comenzó a despuntar y se vio en la obligación de llevarla a su dormitorio. Con sumo cuidado salió de la cama, abrió la puerta que conectaba ambas habitaciones y que solo se cerraba desde su lado; como en el medievo, la tomó en brazos y la depositó en la cama de la condesa, dándole un suave beso en los labios antes de marcharse.

Poco después se levantó, avisó a la doncella de Veva de que la dejase dormir sin más explicaciones cuando se cruzó con ella, que llevaba ya una bandeja preparada para su señora, y bajó él al comedor. Estaba famélico. Tal vez no hubiera dormido apenas, pero se notaba descansado como hacía años que no se sentía.

Había una carta a su nombre que, según el mayordomo, habían traído a caballo hacía menos de una hora y que era urgente, de ahí que no estuviera en la bandeja del correo sino dispuesta para ser leída cuando milord considerase.

Eran malas noticias y no podían llegar en peor momento. Ingirió tan rápido como pudo queso y fruta y pidió que ensillaran su caballo. Mientras, escribió unas pocas frases en su dormitorio, mientras el valet le preparaba el traje de monta. El resto de sus cosas llegarían en carruaje a Northumberland esa noche o al día siguiente. Él no podía esperar tanto.

Capítulo 9

La duquesa despertó en su dormitorio, sola. Como el caballero que era, dedujo, Sebastian debió llevarla hasta allí en brazos mientras ella dormía, cruzando la puerta que conectaba la habitación de la condesa con la del conde, y había vuelto a su alcoba en algún momento de la madrugada. Supuso que su doncella la había dejado dormir más de lo habitual, porque por la cantidad de luz solar que entraba a raudales por la ventana, debía ser bastante tarde. Sonrió, extasiada, y se volvió, huyendo de la luz, deseosa de retozar un poco más y recordar la noche vivida en sus brazos. Encontró una nota sobre el almohadón, una que borró su gesto alegre y la inundó de inseguridades.

Querida Veva:

Esta mañana temprano he recibido una carta de mis abogados de la ciudad. Un asunto urgente me obliga a marcharme por unos días al norte.

Lamento mucho irme precisamente ahora, que tenemos que decirnos tantas cosas. Espero que comprendas que solo algo de vital importancia me obligaría a separarme de ti esta mañana.

Sin embargo, nada podría hacer que faltase al baile de máscaras. Por favor, resérvame una pieza.

Tuyo,

Sebastian

A pesar de la decepción, su corazón se llenó de esperanzas. Sebastian no era un cobarde, no habría huido de ella tras unas horas de pasión como las que habían vivido. Le decía, además, que tenían que hablar, y estaba convencida de que no se refería a la temporada de Helena, sino a lo que la noche anterior había comenzado a fraguarse entre ellos.

«Tuyo», había firmado la carta diciéndole que era suyo. Lo que compartían era frágil, pero, a diferencia de cinco años antes, ahora era una mujer y lograría que se enamorase de ella, convertiría el deseo en amor poco a poco. A base de paciencia lograría que construyesen una relación sólida.

Tiró del cordón que había detrás de la cama para que le trajeran del desayuno, deseosa de repente de comenzar el día. El primero de, estaba convencida, su nueva vida.

«Espero que encontréis un hombre que os merezca más que yo, uno que os haga sonreír como antaño, cuando aquel pequeño gesto de espontánea alegría iluminaba vuestra mirada, y dicha luz, mi alma». Aquel fragmento de la carta, que tantas veces había leído le vino como por capricho a la mente mientras la doncella la peinaba.

Y había encontrado a ese hombre, lo conocía desde siempre y también ella esperaba que, con su amor, recuperara a la antigua Veva Sinclair, la joven que fue y que François y sus abusos consumieron.

«Si quieres hacer creer al resto de la sociedad que eres una mujer sin sentimientos cálidos, un escalón por encima del resto, adelante. No seré yo quien te lo impida». También las frases de Sebastian, en una de sus discusiones, hicieron eco en su cabeza. Le demostraría que era una mujer ardiente y no solo en el lecho. Que con él, con su amor, volvería a ser la dama que, según le confesó él en un baile dos años antes, aún añoraba.

No permitiría que su esposo le ganara la batalla aun después de fallecer, advirtió. Genoveva, la Genoveva que siempre quiso ser, se había diluido como consecuencia de una sociedad rígida en la que se esperaba que las mujeres fueran la sombra de sus esposos y no tuvieran carácter ni ideas propias más allá de los límites que suponían los muros de sus mansiones, que constituían en la mayoría de los casos prisiones doradas. Tan injusta expectativa había hecho que muchas jóvenes como ella se desvanecieran por temor a ser rechazadas. Cinco años de respeto social no le habían otorgado felicidad alguna. Tal vez algo de personalidad sí se la diera.

Podía volver a ser ella misma, se reconfortó, apretando la carta con las letras de Sebastian contra su pecho, cerca de su corazón, que latía con ánimos renovados.

«Tuyo», se repitió. «Tuyo».

Sebastian, por su parte, se había ido con el temor a que la distancia impuesta por problemas en una de las fincas de Northumberland, casi en la frontera este con Escocia, la alejara de él en todos los sentidos. El molino se había derrumbado, pereciendo en el accidente tres de los agricultores de sus tierras. Había que reconstruirlo lo antes posible para que el resto de aparceros pudieran utilizarlo cuando llegase el momento de la cosecha, arrendar el de su vecino, el duque, hasta entonces, y conocer a las familias afectadas. Si había viudas, si tenían estas hijos en edad de trabajar... Era, en fin, un trabajo inaplazable e ineludible, lo sabía, pero que había llegado en el peor momento para él.

Esperaba que la soledad de los próximos días no hiciera que Veva se arrepintiese de lo que habían compartido. Lo supiera ella o no había sido mucho más que la unión de sus cuerpos, sus almas se habían enlazado para siempre. Había sido una noche de caricias, de risas, de pasión y de ternura. A punto estuvo de confesarle sus sentimientos, mas no quiso precipitarse y apabullarla. Tenía tiempo, se dijo, tenía el resto de su vida para hacer que le perdonase y se enamorase de él.

Y lo haría con la paciencia y el mimo que ella merecía. La cortejaría como ninguna mujer había sido agasajada antes.

Acudió a la mascarada de San Valentín con el tiempo justo para pasar por su casa y cambiarse. Para su desgracia, las damas habían salido diez minutos antes y no pudo verla.

Capítulo 10

Helena estaba embriagada. Genoveva estaba orgullosa de la joven, pues a pesar de la emoción de su primer baile, se estaba comportando con una delicadeza exquisita. Sería una debutante extraordinaria, se dijo con presunción.

También ella se sentía así. Tras su máscara no había dejado de sonreír. A pesar de que no existía una anonimato real y que todos los presentes sabían quién se ocultaba tras cada disfraz y solo simulaban no conocerse, menos aún en un condado donde las familias llevaban varias generaciones allí y sabían todo del resto, Veva estaba convencida de que ninguno de ellos sabía quién era ella, no realmente a pesar de haberla conocido desde hacía tantos años, pues había visitado la finca con asiduidad antes incluso de instalarse en ella al quedar huérfana. Ni siquiera ella misma estaba segura de conocer sus propios límites. No se alejaría de la moralidad socialmente aceptada, pero sí de su rigidez, para poder ser la Genoveva Sinclair que siempre quiso ser.

Olvidaría rencores pasados y miraría hacia el futuro. Y ¿quién sabía?, tal vez Sebastian quisiera un espacio en aquel porvenir, a tenor del deseo que rugía entre ellos y de su carta. Culparle por los delitos de su marido había sido excesivo e injusto. Estaba convencida de que, si el conde hubiera sabido qué clase de hombre iba a resultar su esposo, no hubiera consentido aquel matrimonio.

Seguía sonriendo cuando una figura envuelta en un dominó verde y con un antifaz negro que apenas le cubría los ojos se le acercó. Hubiera reconocido aquella mirada gris aun con el resto de la cara cubierta.

—Creo que este es mi baile, duquesa.

El conde no sabía qué esperar, pues no había podido tantear su humor y no estaba seguro de qué pesaría más en el ánimo de Veva tras casi una semana de reflexiones, si la noche que habían compartido o cinco años de rencor.

—No lo bailaré con ningún otro, milord.

Y, tomándole la mano en lugar de apoyarse en el brazo preceptivamente ofrecido, se dirigió a la pista de baile.

Feliz ante sus palabras y su contacto, se dejó llevar hasta el centro del salón. Ni en los sueños más optimistas de Sebastian le habría sonreído ella como lo estaba haciendo.

Comenzaron a sonar los acordes de un vals. Bendita fuera su suerte de estar en un granero rural, pensó Genoveva, pues en ningún salón se aceptaba un baile donde la pareja prácticamente se abrazaba. Tal vez fuera una concesión por ser la víspera de San Valentín, en apenas quince minutos serían las doce y los rostros quedarían al descubierto. Comenzaría el día de los enamorados en los brazos de Sebastian. Quizá fuera una señal, se permitió fantasear.

—Espero que los asuntos que te han retenido en la finca de Northumberland se hayan solucionado satisfactoriamente.

El tono destilaba preocupación.

—Hemos hecho lo que hemos podido para restaurar la normalidad —le resumió lo sucedido en pocas palabras—, pero me temo que hay cosas que no pueden deshacerse, desgracias y errores que no pueden corregirse. —Ya no hablaba del accidente de sus agricultores y ambos lo sabían—. Por más que lo desee, no puedo echar el tiempo atrás para actuar de otro modo. —En ese punto la voz se le llenó de sentimiento—. Ojalá pudiera volver a ser una década más joven.

Por un momento permanecieron callados, sumidos en sus propios pensamientos, en sus recuerdos.

—Así que encontraste un modo de desaparecer tras una noche de pasión, ¿no es cierto? —Le tomaba el pelo con descaro—. Tal vez debiera hacer correr la voz de que el conde de Hentley se asusta con facilidad. ¿Crees que alguien me creería? —Él no respondió, inseguro de hasta qué punto ella había pasado página—. Lo dudo, lo dudo mucho. Tienes buena reputación. A veces me pregunto por qué...

Sin darse cuenta de lo que hacía, como ocurriera dos años antes, olvidó que estaban bailando a la vista de muchos y se detuvo en seco, parándola también a ella.

—Veva, lo lamento, lo lamento tanto.

Genoveva tiró de él con todas sus fuerzas, obligándolo a moverse.

—Sebastian, no puedes dejarme plantada en una pista de baile cada vez que no te guste lo que digo. Ya lo hiciste cuando me dijiste que añorabas mi ironía y dimos mucho que hablar. —Al ver la mirada gris posarse sobre sus ojos con esperanzas, sonrió con disimulo y le habló con el descaro de antaño—. Ya te adelanto que te arrepentirás de haberme conjurado, aunque haya pasado tanto tiempo desde que lo hicieras.

Reaccionando, la tomó por la cintura y siguieron bailando. La llamó por su nombre solo por la intimidad que ello suponía.

—Veva...

—Eso era lo que hacía mi marido, ¿te lo había dicho? No, supongo que no. Hay tantas cosas que nunca te dije. Me dejaba en ridículo cada vez que decía algo que no quería oír. Era uno de sus castigos. —Y, aligerando el tono, le espetó, absurdamente divertida—: Esperaba menos de ti, la verdad.

Se burlaba de él, definitivamente lo hacía. De él y, al parecer, de sí misma. No sabía por qué, pero aquella noche Veva se parecía más a la joven que conoció una vez, y menos a la que regresó de Francia. Y en nada a la que lo había acusado, con toda razón, de sus desgracias. Era la mujer que se entregó a él sin reservas, al parecer lo había exonerado de su culpabilidad. Le siguió el juego.

—¿Esperabas *menos* de mí?

—Desde luego —asintió—. Ya te dije que siempre espero menos de un hombre inglés, pues tiene menos sangre en las venas.

La acercó a su cuerpo más allá de lo que estaba permitido, despreocupándose de la compañía que les rodeaba.

—Pues este hombre con poca sangre en las venas ha sido capaz de hacer arder la tuya, Veva.

No supo si fue la cercanía de su cuerpo la que le hizo bajar la guardia, pero contestó sin pensar y, antes de que se diera cuenta de su indiscreción, le había confesado más de lo que debiera.

—No solo mi cuerpo arde por ti, Sebastian, no solo mi cuerpo.

Él perdió el pie, afortunadamente para Genoveva, que ante su error recuperó la compostura y algo de su dignidad.

—Tampoco pienses que bebo los vientos por ti, conde. No debieras ser tan engreído.

Confesión por confesión, fue él quien se dejó llevar por la emoción del momento.

—No sería engreimiento, sino la expresión de mi más ferviente deseo.

Le costó comprenderle y creer lo que estaba escuchando. Se detuvo cuando lo entendió. Fue turno de él de mecerla al son de la música.

—¿Me castigas ahora, deteniéndote? ¿Tal vez he sido demasiado sincero? ¿Preferirías que callara, que me mantuviera en el anonimato, escondido tras una carta de San Valentín?

Se quedó quieta como instantes antes, sorprendida, deseosa de creerle. ¿Sería cierto lo que le decía? ¿Sería posible que fuera él quien se la hubiera enviado? Tenía sentido, se dijo, tomando confianza.

Una vez más él la acunó entre sus brazos.

—Perderás en una noche tu reputación, Veva, si vuelves a detenerte. Muchos comienzan a señalarnos.

—Sebastian...

No se atrevía a sonsacárselo, pero necesitaba oírsele decir, necesitaba que le confirmara que era él el autor de aquella carta. El hombre que la amaba, como había firmado.

La entendió y no necesitó preguntas. Sobraban entre ellos.

—Sí, fui yo.

—Sebastian.

Oírla de nuevo pronunciar su nombre, con temblorosa pasión, fue su perdición. Olvidando dónde se encontraban, se arrancó el antifaz e hizo lo mismo con la máscara de su amada, sin percatarse que en aquel preciso instante el reloj marcaba las doce, la hora pactada por los

invitados para descubrirse, el momento exacto en que se iniciaba el día de San Valentín. La tomó entre sus brazos y la besó con avidez sin importarle lo que pudieran pensar los presentes.

Poco después se obligó a recordar el baile, a sentir el silencio que los rodeaba, a atender a las miradas pasmadas de los asistentes y, de manera paulatina, fue rebajando la presión del beso hasta separarse de ella. No pudo resistirse a acariciarle la mejilla, a pesar del público.

—Te amo, Veva.

—Sebastian —repitió esta, al borde de las lágrimas.

Ya llegarían más tarde las explicaciones, las caricias y los besos más íntimos, las disculpas y los consuelos. Pero el amor, que tanto tiempo hacía que esperaba, al fin había sido ofrecido y aceptado.

Epílogo

Unas horas después, ya en la cama y saciados, Veva estaba abrazada al cuerpo viril de su amado. Rio al recordar el espectáculo que habían producido aun sin planearlo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó el conde, acariciándole la cintura con dedos perezosos.

—Temía que tu hermana asistiese al baile por si no se comportaba con el decoro que de una dama se espera y, en cambio, he sido yo la que ha dejado su reputación tambaleándose.

Él le pellizcó las nalgas, juguetón.

—Yo he participado activamente en tu caída, así que no me restes mérito.

—Y gustosamente, también —bromeó con él.

—Mucho. ¿Quieres que te demuestre cuánto?

Ella se colocó sobre él, dispuesta a dejarse amar. Nunca se cansaría de Sebastian, de su ardor, de sus caricias.

En cambio, él esquivó su beso y la giró, colocándola contra las sábanas. La miró con seriedad, tanta que Veva perdió el humor.

—¿Qué ocurre?

—Sabes que vamos a tener que casarnos, ¿verdad?

—No tengo por qué casarme contigo, ¿lo sabes tú?

Hentley se incorporó, dispuesto a una batalla campal. Se casarían aunque tuviera que arrastrarla a la iglesia.

—A pesar de estar en Lancaster los rumores de lo que ha ocurrido llegarán a Londres. Eres viuda y se te aceptan ciertas licencias, tanto como a mí, como caballero, se me permiten escarceos con damas de la alta sociedad. Pero esto supera los límites de la discreción, Veva.

—Aun así...

—Sé que tuviste un mal matrimonio —la interrumpió—, pero te prometo que este será distinto, que seremos felices. ¿No deseas casarte conmigo, acaso? ¿No me amas lo suficiente?

Había un punto de angustia en su voz, que ella se apresuró a tranquilizar.

—Desde luego que sí.

Pasmado, le preguntó.

—Entonces ¿por qué me dices que no?

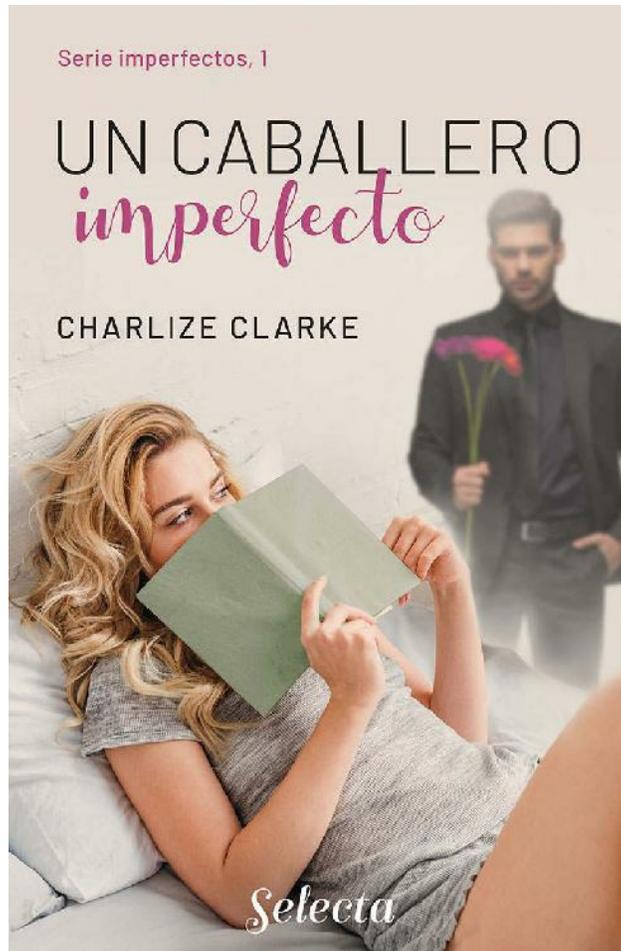
—Porque no *tengo* que casarme contigo, Sebastian, *deseo* hacerlo. Y solo iré al altar si tú lo haces por los mismos motivos. Me niego a doblegarme solo porque la sociedad...

No pudo continuar hablando, el beso fiero de su futuro esposo interrumpió su discurso.

Se casarían, desde luego que sí, y lo harían porque estaban enamorados y porque deseaban vivir juntos para siempre, fundar una familia y hacer el amor todas las noches del resto de sus vidas.

Porque el destino les había concedido una segunda oportunidad e iban a amarse hasta la eternidad.

Si te ha gustado
Amor enmascarado
te recomendamos comenzar a leer
Un caballero imperfecto
de *Charlize Clarke*



Capítulo 1

Después de tener que retroceder en dos calles cortadas, hacerse a un lado en la cuneta para dejar paso a un rebaño de cabras y pisar a fondo el acelerador con la primera marcha metida a lo largo de una tortuosa cuesta, Aitana y su recién estrenado coche de quinta o sexta mano llegaron a la dirección que le indicaba el GPS de su móvil. Al parecer, las calles y carreteras de Caral in Chianti no habían sido actualizadas en los últimos tiempos en el servicio de mapas online.

La joven había creído que su nivel de italiano era aceptable hasta que había pedido ayuda a un lugareño de sonrisa desdentada que de forma muy amable —pero poco exitosa— le había dado unas ininteligibles indicaciones que la habían llevado a la otra punta del pueblo hacía casi media hora.

No obstante, lo importante era que estaba allí. Por fin. Aquel era el último punto de su lista de experiencias vitales por disfrutar, disciplinas por aprender, sueños por cumplir.

Realmente le quedaban tres semanas para empezar el curso de escultura, durante las cuales pensaba hacer turismo por la zona y visitar museos y monumentos en Roma y Florencia. Estaba allí porque había querido acudir a formalizar la matrícula en persona, conocer al maestro artesano y, por supuesto, ver el pueblo y la casa de alquiler en la que se iba a alojar durante tres meses completos, de junio a agosto.

Optó por aparcar a la sombra en un lateral del edificio de piedra de dos plantas, entre un vehículo y... un caballo. Por la suciedad de los cristales y las ruedas algo deshinchadas de la camioneta, esta parecía no haberse movido en años. Por el contrario, el caballo parecía en perfecto estado, así que no podía llevar allí mucho tiempo.

Con sumo cuidado, Aitana rodó con lentitud en el espacio libre entre ambos y puso el freno de mano en cuanto consideró que su maniobra había sido correcta. Aunque hacía diez meses que había sacado el carnet de conducir, apenas había tenido ocasión de practicar al volante. Aún le temblaban un poco las manos después de la empinada cuesta en la que había creído que el coche se le calaba y se le iba hacia abajo sin remedio, con el consiguiente peligro de atropellar a una cabra o a cualquier otro ser vivo.

Suspiró con alivio antes de apearse del Seiscientos amarillo limón que, a pesar de superar con mucho los treinta y un años de Aitana, por el momento había cumplido muy bien con su función de llevarla desde una tienda de vehículos de ocasión hasta aquel apartado pueblo en el interior de la Toscana.

En cuanto puso un pie en el suelo, supo que debería haber pasado primero por el hotel de Florencia para cambiarse de ropa en lugar de buscar un medio de transporte y dirigirse con su equipaje en el minúsculo maletero hasta allí. Aquellas sandalias le habían costado un buen pico en Nueva York, y aunque había librado los excrementos de caballo por muy poco, el terreno era abrupto alrededor del inmueble. Aquellos tacones —aunque de escasos seis centímetros— podrían hacerla tropezar con facilidad. Por no hablar del barro que quedara impregnado en la blanca piel de las sandalias más caras que se había comprado en su vida. Un capricho y un

recuerdo de su paso por la Gran Manzana.

—Tranquilo, bonito, soy de fiar. —Trató de apaciguar al equino con su voz y unas suaves caricias entre los ojos, dibujando la cruz, cuando este acercó su hocico a ella para olisquearla desde la cadera hasta el cuello, dejando un rastro húmedo en su vestido celeste.

El animal de lustroso pelaje castaño soltó un suave relincho y le dio un par de toques en la cabeza con la suya antes de permitirle el paso. La joven se sintió como si hubiera superado alguna especie de prueba de acceso.

Su intención solo era realizar un pequeño trámite, así que ignoró los riesgos para sus pies, se atusó la melena rubia y lisa, que traía algo alborotada por el aire que se había colado por las ventanillas y las atenciones de su nuevo amigo, y anduvo de puntillas por el fangoso terreno hasta la puerta principal, donde un cartel de madera tallada rezaba: «Scuola Salvatore Conte».

No había ningún timbre, sin embargo, la puerta estaba entreabierta. Aitana no lo dudó dos veces y entró con paso firme.

Tras un pequeño recibidor salpicado aquí y allá con pequeñas figuras de piedra, barro y madera, se abría otra puerta acristalada. Al otro lado, le pareció oír un sonido.

Se quedó escuchando unos instantes antes de atreverse a entrar. Era una voz masculina. Muy masculina. Y entonaba alguna canción en italiano que a Aitana le erizó el vello de los brazos. Como si tirase de ella con una fuerza sobrenatural, caminó siguiendo aquella sobrecogedora melodía.

El hombre de pelo negro azabache al que vio sentado, cantando y acariciando un pedazo de piedra rojiza con ambas manos, como si la moldeara, no podía tener muchos más años que ella. El movimiento de sus dedos la hipnotizó casi tanto como su voz, hasta que él pareció percibir su presencia al otro lado de la estancia y se levantó de un salto con sorpresa. No tardó mucho en poner cara de pocos amigos.

En cuanto Aitana fue capaz de reponerse del impacto que le provocó verlo cambiar de una expresión relajada, incluso risueña, a un gesto casi asustado y finalmente a uno de lo más hosco para atravesarla con unos ojos color caramelo de un brillo peculiar, se apresuró a justificar su presencia allí, que parecía ser poco grata para ese hombre.

—*¿Signore Conte? ¿Salvatore Conte?* —comenzó, y según lo dijo se percató de su error—. *Scusi.* ¿Cómo va a ser usted el maestro, si me dijo que llevaba cuarenta años de oficio? —razonó en español, pues para pensar en italiano necesitaba más concentración y calma. Y la forma de mirarla de arriba abajo de aquel hombre no le permitía ni una ni otra.

—Española, ¡cómo no! —farfulló Fabrizio con desdén. Por un momento había llegado a pensar que era su musa personificada, que había acudido a su llamada gracias a su canto y concentración. Sin embargo, se trataba de una posible reencarnación de la peor de sus pesadillas.

—¿Disculpe? —El tonito no le gustó un pelo. Pero que la entendiera era un alivio—. ¿Habla mi idioma?

—Si no hay más remedio —rezongó él, y apartó los ojos de Aitana de forma brusca para volver

a su piedra.

—Estupendo, porque yo...

El inconfundible sonido de una cámara fotográfica la hizo girarse hacia su derecha. Un chavalín de unos siete años la enfocaba ya para una segunda toma.

—Espera, espera. Al menos déjame posar.

Y vaya si lo hizo. Por algo llevaba más de ocho años como modelo publicitaria a sus espaldas, por mucho que aquellos días hubieran concluido por completo.

Cuando decidió que ya era suficiente, se acercó al muchacho e inspeccionó la cámara.

—Vaya. Una Polaroid de las antiguas. Menuda reliquia. Pero veo que funciona muy bien. Y tu encuadre es muy bueno.

—*You are una bella donna.*

—*Grazie mille.*

—No habla ni español ni inglés, solo mezcla algunas palabras sueltas. Y las utiliza junto a su sonrisa de pillo para engatusar a los pocos turistas que asoman por aquí. Le sacará cinco euros por cada una de esas fotos. Y le ha hecho muchas gracias a su vanidad.

—¿Mi vanidad? ¡Pero cómo se atreve! —Aitana se enderezó y se vio a sí misma poniendo las manos en jarra sobre sus caderas. Tuvo una visión de su propia madre con ese mismo gesto y se sintió muy mayor de pronto. Carraspeó y trató de calmarse—. Mire, no tengo por qué darle explicaciones, ni a usted ni a nadie. Solo he querido ser amable con el muchacho. He posado porque llevo muchos años haciéndolo, no por vanidad. Y por supuesto que le pagaré a este fotógrafo en potencia por su trabajo. Toma. —Sacó la cartera y le dio un billete de cincuenta euros—. La fotografía es una afición muy cara. Y si de verdad es esto lo que te gusta, nunca lo dejes.

—*Grazie, bella.*

El niño le entregó el puñado de fotos, le besó la mano y salió corriendo.

Ella las guardó en el bolso mientras lo veía huir con su botín.

—No le ha entendido nada, pero comprende que le han gustado las fotos, ya que le ha pagado el doble por ellas.

—A lo mejor están compinchados y se reparten las ganancias. Si no, ¿qué hace ese crío aquí?

—No necesito limosnas, ni nadie de este pueblo, así que puede ahorrárselas. Angelo es solo un oportunista. La habrá visto llegar en un coche desconocido y la habrá seguido. —Volvió a mirarla de arriba abajo—. Dudo que haya venido andando desde muy lejos con ese calzado.

¿Le había mirado los pies? Prefirió no detenerse a pensar en ello.

—Yo dudo que mi coche le haya hecho pensar a Angelo que podía sacarme cincuenta euros —murmuró más para sí—. Bueno, puesto que usted no es Salvatore, pero ya que habla mi idioma, tal vez podría decirme dónde encontrarlo. Así podré dejar de molestarlo con mi presencia.

—¿Para qué quiere una mujer que se dedica a posar ver al maestro? No creo que haya solicitado una modelo. Hace tiempo que dejó ese tipo de trabajos.

—Yo también hace tiempo que dejé ese tipo de trabajos. Y no es a eso a lo que he venido. Soy

una de sus alumnas de este verano.

—No.

—Sí —contradijo ella.

—La única alumna de su género que tendrá este verano se quedará en el pueblo tres meses. En casa de Giorgina...

—Giorgina Galvani, eso es. Me ha alquilado su casa a muy buen precio a cambio de cuidarla y ocuparme del huerto y sus gallinas.

Aitana tuvo la satisfacción de dejarlo mudo unos instantes. Aunque le duró poco.

—No durará aquí ni una semana.

—¿Disculpe?

—¿Tiene nociones de escultura?

—No. Pero es un curso para principiantes. —Y del que ella era la única alumna femenina, al parecer.

—¿Tiene nociones en algún tipo de arte?

—¿Es esto un examen? —Aitana comenzaba a perder los nervios, cosa muy poco habitual en ella. Pero ese hombre arrogante y prejuicioso empezaba a enervarla—. Adoro el arte, clásico y moderno. He leído libros, visitado exposiciones, visto documentales. Y pretendo pasar estas semanas previas al curso aprendiendo lo máximo posible en galerías y museos de Florencia y Roma. He venido a formalizar mi matrícula en la escuela y a conocer a la señora Galvani. Me dará un juego de llaves y me explicará todo lo que necesite para mi llegada, ya que ella se marchará antes de que yo venga.

—Ya veo.

No añadió más. Se dedicó a jugar con uno de los puños de su camisa blanca remangada hasta los codos. Aitana se perdió en aquel gesto un segundo de más antes de reaccionar.

—¿Puede decirme dónde encontrar a Salvatore Conte?

—No volverá hasta el primero de junio.

—Genial. —Se frotó las sienes—. ¿Y no puedo contar con que usted, en un alarde de amabilidad, le comunique al maestro el recado de que he venido a formalizar mi matrícula?

—Eso sí puedo hacerlo. Pero también puedo advertirle que la escultura no es un arte sencillo. Y este no es un curso de dos semanas para matar el gusanillo de la curiosidad o el aburrimiento. Requiere disciplina y auténtico interés. El maestro no tiene edad para estar perdiendo el tiempo.

A ella le salió un bufido muy poco femenino que no se molestó en disimular.

—¿Le dice eso a todos los alumnos que pisan la escuela o le he entrado yo por mal ojo por algún motivo en especial?

—¿Por qué está aquí?

¡Y encima el agraviado parecía él!

—Ya se lo he dicho.

—No. ¿Por qué quiere hacer el curso?

—No es asunto suyo —espetó, cada vez más enfadada.

—Tal vez no. Pero si me lo dice, le daré el recado a mi tío y le indicaré dónde puede encontrar a Giorgina. Nunca está en la casa a estas horas.

—¿Su tío?

—Hermano de mi padre.

—Debí imaginarlo. —Lo había tomado por un alumno después de confundirlo con el maestro. Y resultaba ser familia. Vaya mala pata—. ¿Estará usted aquí durante las clases?

—No.

—Bien. —Suspiró con alivio. Se dijo que no le costaba nada volver a contar su historia, resumida, pues llevaba haciéndolo meses en cada lugar al que había acudido en busca de ese algo que la hiciera encontrarse a sí misma. Tragó saliva y lo miró a los ojos—. Hace casi dos años sufrí un accidente y me golpeé la cabeza. —Se señaló en el nacimiento del pelo por encima de la frente, mostrando su cicatriz—. Estuve en coma cuarenta días.

—¿Cuarenta días?

—Con sus cuarenta noches —confirmó ella—. Cuando desperté, tuve que pasar por rehabilitación durante meses para recuperar la movilidad de mi cuerpo. Por suerte, mi mente no se vio muy afectada, ni siquiera el habla. Pero podría decirse que, ante la posibilidad tan tangible de haber muerto, mi espíritu sufrió cierta transformación, o que abrí los ojos a la realidad. Y me propuse no desaprovechar un solo día de mi vida. Hacer todo aquello que siempre soñé, visitar lugares que quería conocer. Este es el final de mi lista, por el momento. Lo que me hubiera gustado aprender desde niña, pero que siempre dejé para más adelante.

—¿Por qué esta escuela? —preguntó él al cabo de casi un minuto escrutándola.

Aitana había sabido que las preguntas no habían terminado aún. Su gesto severo así lo mostraba. No pudo evitar preguntarse a sí misma cómo un hombre tan serio podía resultarle atractivo, cuando lo que a ella le había cautivado siempre de un hombre había sido su forma de reír. Y ese en particular no parecía ir a hacerlo nunca.

—Conocí a una escultora en Nueva York. Tiene su propia galería allí y otra en Los Ángeles. Su estilo me pareció excepcional y le pregunté dónde había aprendido.

—Andrea Rinaldi.

—¿La conoce?

—Fue alumna de mi tío, ¿no? Y tiene galerías propias en Nueva York y Los Ángeles. No puede ser otra.

—Claro. —Lo miró a la espera de que preguntara algo más, pero no lo hizo. Se limitó a observarla con aire crítico—. ¿He pasado la criba?

—Eso no lo sabremos hasta que lleve aquí algunas semanas.

Aquello fue la gota que colmó el vaso de su paciencia.

—Mire. Estoy muy cansada, he hecho un largo viaje y no estoy para discusiones sin fundamento. Tome. —Sacó un sobre de su bolso—. Es la hoja de la matrícula firmada y el importe del primer

mes, ya que a su tío no se le puede hacer una transferencia ni enviar documentación por email.

—Es un hombre tradicional.

—Me ha quedado claro. Ahora, si me dice dónde encontrar a Giorgina Galvani, estaremos en paz y podrá perderme de vista.

Se puso en pie.

—La acompañaré.

—No es necesario.

—Podría perderse.

—Me las apañaré.

—Como quiera.

Lo vio buscar papel y lápiz y tardar en escribir más de lo que hubiera esperado por una simple dirección. Comprendió que no era solo eso cuando vio un plano muy detallado. Lo estudió unos segundos, por si tenía alguna duda, no tener que volver allí para preguntarle.

—¿Es una asociación de jubilados?

—No, por Dios. Y que no la oiga decir eso en voz alta.

—¿Es el ayuntamiento? —dedujo del elegante edificio del dibujo. ¿Cómo lo había plasmado tan claro en apenas unos trazos?

—El ayuntamiento ha sido transformado en centro cívico.

—Pero habrá alcalde.

—Desde luego.

—Vale. Gracias por su... ayuda. —Amabilidad no era la palabra, precisamente.

Vio que la seguía hasta la puerta.

—Cuidado con el caballo —dijo a su espalda.

Ella se giró y lo encaró de nuevo, más cerca esta vez. Tanto como para oler un perfume fresco en él. Bloqueó sus fosas nasales para dejar de percibirlo.

—Tranquilo, no lo he atropellado cuando he aparcado. No lo haré cuando desaparque.

—Me refería a que procure no acercarse mucho para que no la muerda. No le gustan los desconocidos.

—Ya nos hemos conocido. Solo me ha olisqueado. Y empujado un poco. Ha sido bastante más amable que usted. —El reproche le salió sin poder evitarlo.

—Le pediré que me enseñe modales.

—¿Cómo se llama?

Vio sorpresa en su rostro.

—Fabrizio Conte.

—Me refería a su caballo.

Aquel corte forzó un carraspeo en su garganta.

—Tintoretto.

—Como el pintor.

—Exactamente, como él.

—Bien, así me despediré de él por su nombre. *Ciao*, Fabrizio —concluyó, y trató de no acelerar el paso más de lo debido para salir de una vez de allí.

—*Ciao*, Aitana.

—¿Cómo...? —La sorprendida ahora fue ella. Girarse de nuevo fue inevitable.

—Fui yo quien respondió a su carta en nombre de mi tío. Él no habla muy bien español. Se entenderán mejor en inglés, si su italiano no es muy bueno.

—Lo mejoraré —aseguró, recibiendo de nuevo el guante que él le lanzaba—. Aunque siempre podremos recurrir al inglés. O a usted, en caso de emergencia —contraatacó.

Tuvo que contener la risa al verlo poner cara de horror, aunque no pudo evitar sonreírle de forma abierta, contenta de haberlo dejado sin palabras.

Él la vio desaparecer por la puerta y se dio una bofetada mental por quedarse contemplando el contoneo de sus caderas mientras se alejaba.

—Esperemos que no haya ni una sola emergencia —masculló.

Había pensado que aquella alumna, que iba de parte de otra antigua de su tío, sería más mayor. Ni siquiera había mencionado que iba de parte de Andrea Rinaldi, solo que se lo habían recomendado como un excelente maestro, sin especificar quién. La había imaginado con casi el doble de la edad que aparentaba, escasos treinta, pues en su carta decía que había dejado su trabajo para dedicarse a disfrutar de la vida y de nuevas experiencias. Una prejubilación, había creído él. Por eso no había visto el menor peligro en que otra española apareciera por aquel pueblo y se instalara durante tres meses.

Menudo iluso.

Abrió el sobre que le había entregado dispuesto a archivar el documento firmado y comprobar el pago, el cual no tenía duda alguna que sería correcto. Parecía que el dinero no era un problema para ella.

Entre los billetes le sorprendió dar con el puñado de fotografías que Angelo le había tomado. Se apresuró a salir a entregárselas, pero ella ya se alejaba en un ridículo cochecito amarillo que contrastaba demasiado con la elegancia de sus ropas y movimientos. ¿Por qué habría elegido semejante chatarra?

Se planteó ir a buscarla al centro del pueblo para devolvérselas, pero se negaba a ir tras ella a caballo. Se las dejaría a su tío y que se las diera él.

Porque lo mejor era no volver a verla, ni ahora ni en esos meses que iba a poder topársela en cualquier parte y, más en concreto, cada mañana en el lugar de trabajo de la única persona en el mundo por cuyas venas corría su misma sangre.

Entró de nuevo en la escuela y, en contra de su férrea voluntad, miró una foto, después otra, y otra... Las cinco eran obras de arte en sí mismas. Y no solo por la buena mano de Angelo, que era muy posible que acabara siendo un estupendo fotógrafo. Ella era una pieza única. Sus rasgos, su expresividad, sus luminosos ojos de un azul celeste clarísimo y su sonrisa pura.

Cerró los ojos. No debía hacerlo. Pero sus manos clamaban por ello. Miró la pieza de mármol *rosso verona* que había estado estudiando, buscando la curvilínea figura que habitaba oculta en su rígida forma. El artista que llevaba dentro era más poderoso que el hombre testarudo y precavido en el que se había convertido.

Acarició la fría superficie. Comenzó a cantar de nuevo por puro instinto. Y las manos empezaron a trabajar la piedra por sí solas, llevando a cabo lo que el mármol y el alma sabían que debía ser.

¿Podrá el amor superar al orgullo cuando el pasado es un lastre demasiado doloroso? ¿Será la intensa pasión que se palpa entre ellos suficiente para convencerlos de darse una nueva oportunidad?



Ha llegado la hora de que Helena, la hermana del conde de Hentley, sea presentada en sociedad, y no puede contar con dos padrinos más excelsos: su hermano Sebastian, conde de Hentley, y la antigua pupila de este e íntima amiga de la familia, Genoveva Rachôme, una joven duquesa que quedó viuda dos años antes y que cuenta con la mejor de las reputaciones. Lo que nadie sospecha es que, en el pasado, hubo entre ellos sentimientos que nunca llegaron a confesarse.

Sebastian detesta a la princesa de hielo en que Veva se ha convertido a su regreso a Inglaterra; Genoveva culpa a Sebastian de haber perdido toda su espontaneidad al forzarla a un matrimonio desgraciado lejos de todo lo que conoce.

Durante seis meses van a tener que convivir en la misma casa, preparar a la joven, acudir a las mismas fiestas y simular una buena relación, cuando el rencor y el arrepentimiento campan a sus anchas en cada conversación que mantienen.

La discreción, obligada para que la temporada de la pupila de ambos sea un éxito, va a ser un reto, siendo que no pueden estar cerca el uno del otro sin que salten chispas... de odio o de pasión.

Ruth M. Lerga es de Sagunto. Hija de maestros, se aficionó a la lectura gracias a su madre. Lectora voraz y aficionada a las historias de amor, empezó a escribir en 2010, cuando un problema de salud la obligó a permanecer postrada durante muchos meses. El resultado fue *Cuando el corazón perdona*, una novela con la que ganó el Premio Vergara-El Rincón de la Novela Romántica. La serie que comenzó con aquella novela, continuó con *Cuando el amor despierta* y tuvo su conclusión en *Cuando la pasión espera*, todas ellas publicadas en Ediciones B. A ellas hay que sumar *Atados por error* y *Una última temporada*; en esta, Ruth M. Lerga nos deleita con la arrebatadora historia de amor entre dos de los vástagos de Julian y April (*Cuando el amor despierta*) y James y Judith (*Cuando la pasión espera*).



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: febrero de 2021

© 2021, Ruth M. Lerga

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18497-93-3

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

NOTAS

Capítulo 3

[1] No como un pato. ¡Por favor!

Índice

Amor enmascarado

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ruth M. Lerga

Créditos

Notas